



**CHRISTIAN
MARTINS**

UNA NOCHE

Perfecta



UNA NOCHE
PERFECTA

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN OCTUBRE 2017

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2017 CHRISTIAN MARTINS

AGRADECIMIENTOS

Gracias al grupo de Las Chicas de Christian Martins
(Facebook) que persiguen este sueño junto a mí.

“Mi madre siempre decía que cada estrella del firmamento pertenecía a un amor que lo intentó, pero no lo logró...”

Resumen

Después de pasar una larga temporada en Zúrich, Arianna Townsend por fin regresa a su hogar: Castle Combe.

En la mansión de Manor House no ha cambiado casi nada: sus hermanas siguen como siempre, su padre continúa inmerso en sus negocios y en la política y su madre procura poner paz allá por donde pasa. Todo sigue igual, excepto un nuevo elemento: Jason.

Aunque la joven Arianna tiene muy claro lo que espera de los hombres y quiénes pueden aspirar a estar a su altura, no podrá evitar perder la cabeza por Jason, el nuevo chófer que ha contratado su padre, y sentir emociones contrariadas que la confundirán.

Pero tras el importante acontecimiento de La Noche Dorada, la perfecta vida de la familia Townsend se irá totalmente al traste.

Arianna no sólo ha perdido a Jason, sino que además tendrá que lidiar con un destino que no espera... Su padre, Franck, ha concertado un matrimonio por conveniencia y la mediana de los Townsend tendrá que aceptar como marido a Steve Lowell, el hombre que más odia en esos instantes.

Además, su hermana Rose, ha sido atacada por ese mismo hombre y siente que jamás logrará dejar atrás dicho acontecimientos y superar las heridas psíquicas que Lowell le ha causado.

Por otro lado, el odio que siente Grace hacia su familia tan sólo puede ir en aumento; aislada, alejada e incomunicada del resto, en lo único que piensa es en vengarse de todos aquellos con los que comparte apellido.

1

Aunque la lluvia hacía rato había cesado, el tráfico londinense continuaba concentrado y denso.

Jason O'Brien, impacientado, sacó la cabeza por la ventanilla intentando averiguar qué era lo que estaba provocando el atasco, pero no logró encontrar el origen.

No podía dejar de mirar el reloj del salpicadero, temeroso de llegar tarde a su destino... Se dirigía hacia un nuevo comienzo, una nueva vida; ¿iba a llegar tarde a un encuentro de tal importancia?

Inconscientemente, desvió la mirada hacia el sobre blanquecino que descansaba sobre el asiento copiloto. La pulcra caligrafía de Franck Townsend ocupaba prácticamente la totalidad de la parte trasera del mismo: O'Brien.

El sonido de una bocina tras él le obligó a regresar a la carretera y continuar con la marcha. Los vehículos que tenía frente a él habían avanzado unos pocos metros. Jason aceleró suavemente y volvió a detenerse junto a una pequeña ermita que se situaba en la carretera A350 del condado de Wiltshire, dirección a Westbury, en la que unos obreros picaban el asfalto cortando la circulación de uno de los carriles.

Se preguntó cuánto tiempo los mantendrían allí detenidos y antes de poder responderse, su cabeza había volado de nuevo hacia el sobre y hacia los acontecimientos que tuvieron lugar antes de que lo recibiera.

Se despertó desorientado. Llevaba dos días en un coma inducido por los médicos, recuperándose de los golpes que Markus, el acosador de la chica que amaba, le había propinado. Aún así, cuando abrió los ojos con el rostro destrozado y el cuerpo dolorido, con un gotero que le suministraba altas dosis de calmantes que no lograban realizar el efecto necesario, se sintió feliz. Plenamente feliz y satisfecho consigo mismo al pensar que, si él se encontraba allí, Arianna estaría sana y salva en Manor House y aquel sacrificio había merecido la pena.

No se consideraba un héroe, mucho menos un chico valiente o un “machito”. Tampoco recordaba haberle llegado a dar un solo golpe a Markus... Simplemente se había dejado zurrar, aguantando la tunda hasta que alguien le había rescatado. Y aquella buena paliza que había recibido había servido para mantener al imbécil del suizo ocupado en algo que no fuera la mediana de los Townsend.

Su cabeza continuó volando e, inconscientemente, dejó atrás el dolor, el hospital y el sobre que aguardaba ser entregado en el asiento del copiloto. Una vez más, sus pensamientos tan sólo se concentraban en ella.

En la chica dorada. En su chica dorada.

Cerraba ligeramente los ojos y podía visualizar sus curvas, su trasero desnudo contoneándose cuando se levantaba de la cama, su cascada de rizos castaños descendiendo por su espalda. Después Arianna se daba la vuelta y sonreía con los ojos chispeantes, repletos de felicidad por encontrarse a su lado. En esa visión — que por alguna razón su cabeza reproducía una y otra vez, una y otra vez, sin cesar — Arianna se giraba hacia él y sonreía, dichosa y plena.

Jason sacudió la cabeza sintiéndose una vez más estúpido, recriminándose, una vez más, que se había prometido a sí mismo olvidarla y sacarla de sus pensamientos.

Aceleró un par de metros hacia delante, dejando la ermita atrás, hasta volver a detenerse tras un volkswagen escarabajo verdoso que tenía frente a él.

Desde aquel despertar en el hospital, habían pasado bastantes meses pero nada en su interior había cambiado. Seguía amando a aquella mujer de la misma manera que la había amado por primera vez y seguía sin poder olvidarla.

Jason recordó que, una vez dejada atrás su preocupación inicial sobre el estado en el que se encontraría Arianna, comenzó a darle vueltas a un asunto mucho peor y que, tarde o temprano, tendría que resolver. ¿Qué iba a contarle a la policía? ¿Cómo iba a explicar su presencia en la mansión de Manor House sin perjudicar a Ari en todo aquel embrollo?

Seguramente, ella ya habría sido interrogada — los acontecimientos tuvieron lugar en su dormitorio — y habría contado *algo*. *Algo* que él desconocía y que no podía siquiera imaginar.

¿Cómo había explicado Arianna que los dos hombres se encontrasen allí? Sabía, con total certeza, que la verdad de aquel asunto quedaría enterrada de un modo u otro.

Cuando la enfermera, aquella chica joven con rasgos pacíficos que le había atendido con anterioridad, le comunicó que un hombre le andaba buscando, Jason supo de inmediato que el momento de decir ese *algo* había llegado. La policía por fin debía haberse decidido a interrogarle.

Pero no, no fue así. Jason se equivocaba.

El hombre trajeado entró a la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Vestía con elegancia, pero su aspecto rudo y las cicatrices de su rostro delataban que no era un hombre de oficina, sino más bien, de trabajo de campo. Tampoco parecía ser un agente de la ley así que las opciones se limitaban a tan sólo una: trabajaba para Franck Townsend.

El hombre, sin pronunciar una sola palabra, se acercó hasta la ventana y observó brevemente el exterior.

Después cerró las cortinas y se dirigió a Jason, que confuso, aún no había abierto la boca.

— Si vuelves a acercarte a Castle Combe, nos aseguraremos de que termines entre rejas y nunca más veas la luz del sol — amenazó con un tono de voz mordaz — . Si vuelves a acercarte a Manor House, recibirás una buena *palizade* bienvenida — advirtió, remarcando la palabra de su interés — , y después nos aseguraremos de que termines entre rejas y nunca más veas la luz del sol.

Jason tragó saliva, aún procesando todo aquello.

Había contado con un policía, había contado con una condena... Pero no había esperado en ningún momento que Franck Townsend podría llegar a amenazarle de aquel modo.

La confusión que procesaba era tal, que Jason ni siquiera le respondió.

El hombre, sin variar el gesto de su semblante, se acercó hasta el chico que yacía en la cama cubierto de vendas.

Jason pensó que en aquel instante recibiría un buen golpe de advertencia — para que quedara bien claro lo de la *paliza* de bienvenida — , pero en lugar de eso depositó el sobre en la mesilla.

Jason lo miró de reojo, repasando la caligrafía perfecta con la que habían escrito su apellido, mientras el individuo se alejaba hacia una puerta.

— Una cosa más, Jason.

El tono de voz sonaba aún más amenazante.

El chico le miró.

— Si vuelves a acercarte a Arianna Townsend no habrá paliza, ni rejas. Simplemente nos aseguraremos de que nunca más veas la luz del sol. Y nada

más.

El escarabajo se desplazó unos metros más y Jason le imitó, aún con aquel recuerdo en mente.

Aunque al principio no se había tomado muy en serio al tipo trajeado, sólo necesitó abrir el sobre para darse cuenta de que aquel asunto no era una broma.

Medio millón de dólares era demasiado dinero como para dudar de la seriedad de una persona.

2

Arianna se miró al espejo y suspiró con profundidad mientras inspeccionaba su peinado.

Aunque su aspecto era lo último que le importaba en aquel instante, no pudo evitar pensar que se veía bonita y recordar las tantísimas ocasiones en las que había soñado verse de aquella manera; vestida de blanco con un impresionante vestido y una corona de princesa.

De niña, había soñado con aquel instante en un millar de ocasiones, pero un pequeño detalle diferenciaba la realidad de aquellos onirismos: no tenía un príncipe perfecto a quien acudir en el altar. No tenía a Jason O'Brien esperándola tras la alfombra roja y los violines.

Tenía a Steve Lowell.

Un hombre deshonesto, cruel, vil, aterrador.

Esperándola, estaría el ser humano que a Arianna más le repugnaba en el mundo. El animal que había abusado de su hermana y que había decidido no sólo terminar con la inocencia y la vida de Rose, sino también con la de ella.

Escuchó unos pasos al otro lado de la puerta y se giró, mientras Rose entraba con los ojos empañados en lágrimas.

— Ari..., yo...

Las palabras se perdían en su garganta, en su mente, en su cuerpo. Ni siquiera

sabía qué debía decir.

— Lo siento — sollozó, temblorosa.

La mediana de los Townsend, recogiendo el abultado vestido de novia, se levantó y se acercó hasta su hermana pequeña para poder abrazarla.

— No es culpa tuya — murmuró en su oreja, acariciando su espalda — , no te preocupes por nada. No tienes que hacerlo.

Rose ya tenía bastante con soportar su carga, con sobrellevar sus miedos y sus temores.

— Sí lo es Ari, sí lo es... — gimoteó, deshaciéndose en la seguridad que el abrazo de su hermana le proporcionaba.

Ari no respondió, pues en aquel instante Rose no razonaba con claridad.

Ambas sabían que el único culpable de aquella situación era Franck Townsend: su padre.

La había vendido por dinero, como si no fuera su hija y tan sólo se tratase de un perro al que podía regalar. Le había arrebatado a Jason, la había condenado a una vida de sufrimiento y tristeza.

— No tienes que hacerlo si...

Rose no terminó la frase, pero tampoco hizo falta.

Sí, tenía que hacerlo.

Ya no sólo por el hecho de que Steve Lowell amenazaba con reclamarles el préstamo con intereses, obligándoles de aquella manera a vender todo lo que albergaban para poder hacerla frente, si no por Jason.

Seis meses atrás, su padre había retirado todos los cargos contra el chófer con la única condición de que Arianna se hiciera cargo de su responsabilidad y contrajera matrimonio con Lowell.

Sabía que aquella boda era la única manera de asegurarse la libertad del hombre que amaba, aunque a su vez también significaba su propio encarcelamiento en vida.

— Tienes que estar bien — musitó en voz baja Ari, alejándose brevemente de Rose.

Con un gesto tierno y delicado, acarició su mejilla retirando las lágrimas.

Desde hacía meses, su hermana Rose no parecía la misma chica que había sido. No había vuelto a sonreír un solo instante, ni a bromear. También habían desaparecido los mordaces comentarios que habitualmente lanzaba contra su hermana Grace u otras chicas que no consideraba a su altura.

Rose ya no era la misma. Lo *bueno* y lo *malo* que albergaba su ser habían desaparecido y lo único que quedaba era un fantasma que arrastraba sus grilletes por Manor House.

— Estoy bien — mintió.

Ambas sabían que no era verdad.

La boda, o al menos la ceremonia, tendría lugar en los jardines de Manor House. La organización de la misma había sido rápida y poco detallista, evidenciando el poco interés que ambas familias tenían en el acto en sí.

Tanto los Lowell como los Townsend, en mayor o menor medida, conocían la verdad que se ocultaba tras aquel matrimonio y, a excepción de Rose y Viviane, nadie parecía tener problemas con el pacto que se había acordado.

Tanto a unos como a otros les convenía demasiado aquella unión.

Viviane cruzó la puerta del dormitorio y examinó a sus dos hijas. Rose, a pesar de sus buenas galas, no tenía demasiado buen aspecto. Desde hacía meses la

pequeña de sus progenitoras se había dejado completamente y parecía sumida en la tristeza. Viviane desconocía la razón de aquel estado, pero sabía que algo había cambiado en ella.

Arianna estaba radiante con el vestido de novia y la diadema de rosas blancas en el cabello. Al mirar, no supo si sonreír o echarse a llorar.

Estaba tan bonita... Era la novia que cualquier madre quería ver en el altar, aunque no de aquella vil y cruel manera.

Franck había intentado por todos los medios ocultarle la verdad de los acontecimientos, pero al final todo había terminado saliendo a la luz por su propio peso. Viviane se preguntó si la gente de fuera también sería conocedora de aquel secreto...

¿Quién no iba a preguntarse el por qué de una repentina boda organizada en tan sólo unos meses?

Suspiró hondo, dibujó una media sonrisa en su rostro y se acercó a las dos chicas para poder abrazarlas. Sintió el calor de sus cuerpos y la unión maternal la encogió, aunque de alguna manera no pudo evitar extrañar a Grace en aquel instante y sentirse incompleta.

— Arianna — comenzó...

No sabía muy bien qué decirle.

En el fondo, sabía que no era una buena madre por permitir aquello pero... ¿Pero cómo podía detenerlo? Lo había intentado, había discutido con Franck en innumerables ocasiones provocando prácticamente la ruptura de su matrimonio.

Evidentemente, no pensaban divorciarse; pero hacía varios meses que no se dirigían la palabra más que para discutir y que dormían en habitaciones diferentes.

— No tienes que decir nada, mamá — aseguró.

Viviane negó con la cabeza, reprochándose a sí misma su falta de personalidad.

Salieron de la habitación las tres juntas, dispuestas a dirigirse al jardín.

Todos los invitados se encontraban a la espera en los jardines de Manor House. En el centro, el personal de organización había colocado una carpa enorme que se alzaba impetuosamente en el aire. Las sillas, el altar y las mesas del catering se encontraban situados tras la carpa.

Cuando Arianna se asomó a la ventana, divisó a los invitados junto a las mesas disfrutando de un cóctel de bienvenida. Los camareros y camareras de Manor House se paseaban de un lado a otro con enormes bandejas de canapés en las manos.

Arianna pensó que, después de todo, habían preparado un buen desfile para un acontecimiento de tan poca importancia.

— Hay más camareros que invitados — señaló Rose, inspeccionando el exterior.

“Mejor”, pensó Arianna.

Si debía ser sincera, así lo prefería.

Se sorprendió al comprobar que la mayoría de los invitados provenían de la familia Lowell y no de la suya, de manera que los organizadores los habían terminado repartiendo en las sillas que correspondían al lado de la novia.

Pensó en preguntarle a su madre por qué, pero al final no dijo nada. En el fondo sospechaba que Viviane había intentado tirar aquella boda por la colina y que, aquel detalle, se debía al intento de los organizadores por salvarla del sabotaje y regular ambos bandos.

— ¿Tienes que esperar a que tomen asiento?

Arianna se encogió de hombros y Viviane asintió.

— Steve tiene que esperarte en el altar, después la música comenzará a sonar.

Arianna divisó a la orquesta preparada y lista para comenzar la función al fondo de la carpa. Examinó a los presentes con curiosidad y, cuando Lowell entró en su campo de visión, sintió cómo el corazón se le paraba.

Necesitó varios segundos para calmarse y otros varios para recordar por qué estaba allí. Por qué soportaba todo aquello.

Jason había estado dispuesto a morir por ella y se lo debía.

— No tienes que hacerlo, Arianna — sentenció Viviane, levantándose del asiento.

Aquello era una locura.

Aunque el enlace de Franck y ella no había sido concertado, tanto una familia como la otra había puesto mucho empeño por que se realizara. Viviane sabía de buena mano lo que significaba el sufrimiento y la presión y no quería que su hija pasase por ello.

— Sí, tengo que hacerlo, mamá.

Rose no sabía qué decir.

De alguna manera, esperaba que su hermana se echase atrás y terminase con todo aquello pero... ¿En qué lugar quedaban ellos si Arianna decidía cortar por lo sano?

Perderían la casa, tendrían que mudarse y estarían eternamente endeudados con su agresor.

Además, ¿mantendría Steve Lowell la boca cerrada o la ridiculizaría ante la sociedad desvelando lo que había ocurrido? Sabía que no tenía que pensar así, sabía que ella era la víctima y él tan sólo un animal sin escrúpulos, pero, ¿cómo la verían si aquel secreto se destapaba?

Sucia.

Quizás peor, la mirarían con pena y lástima y cada vez que alguien se la cruzara en la calle recordaría a Rose por aquel accidente.

“Tiene buena cara, no parece llevarlo mal...”

“Mira cómo viste, es normal que le ocurriera eso...”

“¿Cómo se comportará con los hombres ahora...?”

Se podía imaginar mil conversaciones y mil situaciones y, por encima de cualquier cosa, deseaba evitarlas.

A Rose le interesaba tanto como a Steve que todo aquello se mantuviera por siempre oculto y bajo llave.

Viviane agarró ambas manos de su hija, obligándola a mirarla fijamente a la cara.

— No, no tienes que hacerlo — dijo con voz alta, firme y segura — . Esto..., todo esto... — continuó, señalando con la mirada hacia el techo y los jardines de Manor House — , no vale nada. Lo único que quiero y deseo es la felicidad de mi familia y si para eso tengo que vivir en una chabola de madera o debajo de un puente, lo haré. No me importa bajar de nivel, no me importa lo que diga la gente y...

— Mamá, por favor... — cortó con un hilillo de voz.

El hecho de tener que hacer aquel sacrificio resultaba demasiado difícil como para, encima, escuchar aquellas cosas.

No podía dudar. No podía fallar a Jason.

Ambas se sentaron en el sofá, dándole la espalda a la ventana que mostraba el jardín.

Se quedaron en silencio sin pronunciar una sola palabra hasta que el suave y delicado sonido de los violines tocando el preludio de Bach resonó de fondo.

Había llegado la hora de dar el “sí, quiero”.

3

Jason aparcó el coche.

Al final, a pesar del pequeño atasco, había logrado llegar a su destino quince minutos antes de lo previsto.

Desde su asiento, revisó la calle en la que se encontraba; Westbury siempre le había resultado un lugar muy curioso, y eso le agradaba.

— Olvídala... — musitó en un susurro.

Se lo decía a sí mismo, por supuesto.

¿Cómo sacar a Arianna de su cabeza? ¿Cómo iba a olvidar a aquella chica?

— Empieza de cero, Jason... olvídalo todo.

¿Todo el mundo tenía un precio? Arianna se había vendido por Manor House; lo sabía no sólo por la conversación que habían mantenido la última noche que se vieron, sino por las noticias de las que los periódicos se hacían eco.

Todo el condado de Wiltshire estaba al tanto de la boda y de la unión de la familia Lowell con los Townsend.

¿Él se iba a vender por medio millón de dólares? Medio millón de dólares era

mucho dinero sí, pero además... se había garantizado seguir con vida.

El noventa y cinco por ciento de los días, Jason se sentía tentado de regresar. En más de una ocasión en muchacho se había subido al coche y había recorrido la carretera colina arriba de Castle Combe hasta que Manor House había aparecido tras su luna delantera.

Pero llegados a ese punto, Jason siempre se detenía. ¿Qué iba a hacer? ¿Suplicarle? ¿Pedirle que se fugasen juntos? ¿Qué abandonase a su familia aún sabiendo que si no se celebraba esa boda sus padres perderían todo?

Se lo preguntaba una, otra y otra vez, y cuando terminaba por responderse que sí, que eso mismo le pediría, la voz del hombre del traje que le había acudido a visitar en el hospital resonaba con fuerza en su cabeza.

— Si vuelves a acercarte a Arianna Townsend no habrá paliza, ni rejas. Simplemente nos aseguraremos de que nunca más veas la luz del sol.

Si se acercaba a Arianna, si ella le rechazaba — si era realista, aquella era la opción más probable — , lo siguiente que perdería sería la vida.

De aquella manera disponía de medio millón para comenzar de cero, para olvidar el pasado.

Para olvidarla a ella.

Aún pensativo, se bajó del coche y rodeó la manzana en dirección oeste. No necesitó caminar demasiado para encontrarse de frente con el letrero gigantesco que rezaba;

Cines Lunático

Jason pensó que el nombre no podía ser de mejor manera y que, si al final se los quedaba, no lo modificaría. Desde fuera, adivinó con tan solo mirar el letrero que el precio de los cines sería razonable con su estado interior, con

probabilidad. La pintura de las letras y parte del dibujo del cartel — una noche estrellada con una luna llena azulada de fondo — se encontraban en un estado nefasto, bastante carcomida por el paso de los años.

— ¡Eh! — gritó Jason, al divisar al hombre que abría la verja de fuera.

Cruzando la calle a la carrera, se acercó hasta el individuo apresurado. Seguramente sería el tal Petter.

— ¡¡Ehh!! — exclamó, una vez más, captando su atención — . Soy Jason O'Brien. Habíamos quedado esta tarde para que me enseñases los cines.

El hombre, de unos setenta años de edad, frunció el entrecejo y repasó al muchacho con la mirada.

— ¿Tú eres Jason? — inquirió.

Por su mirada, el chico irlandés adivinó que no era la persona que él había imaginado encontrarse en aquel encuentro.

— Sí, señor — respondió con rapidez.

En ese instante, una mujer de una edad similar a la de Jason apareció junto a ellos. Parecía acalorada y tenía el rostro ligeramente sonrojado, con la respiración agitada.

— ¡Ya las tengo, papá! — anunció, tendiéndole un manojito de llaves al hombre.

Después se giró hacia Jason y, al igual que lo había hecho su padre, ésta también lo repasó con la mirada de arriba abajo.

— ¿Quién es? — inquirió.

El chico no esperó a que su padre le respondiera.

— Jason O'Brien — dijo con rapidez, tendiéndole la mano.

— Katie — dijo, aceptando el saludo.

Desvió la mirada hacia Petter, que aún examinaba con cierta incredulidad al chico.

Sin mediar más palabras, pasaron al interior.

Jason era un chico listo y no necesitaba demasiado para imaginar qué era lo que a aquel hombre y a su hija les cruzaba la mente. ¿Acaso un muchacho de tan joven edad y así vestido posee medio millón de dólares?

Tal vez con el uniforme de Manor House, el traje de chófer que Franck Townsend le había entregado, hubiera aparentado algo más de seriedad y poderío. Pero en aquellos instantes, Jason lucía sus mejores galas con una tranca desgastada y unos Levis Strauss que sobrevivían al paso de los años.

— Veamos, por aquí tenemos las taquillas... — comenzó el hombre, abriendo puertas y más puertas con el manajo de llaves que minutos antes su hija le había entregado.

Jason inspeccionó el lugar y se sorprendió de su buen estado. Tan sólo tenía dos taquillas y una de ellas parecía totalmente reformada.

Como Petter le había comentado que tan sólo habían tenido tres salas en funcionamiento, el chico supuso que no habrían necesitado más que eso para sacar el cine adelante — o al menos intentarlo — .

Por teléfono, cuando Jason le había preguntado la razón por la que se decidían a la venta, le había parecido que el hombre había sido totalmente sincero; su mujer había sufrido un largo cáncer que los había hipotecado hasta la médula con los tratamientos y, ahora que descansaba en paz, lo único que deseaban él y su familia era comenzar de cero.

Jason lo comprendió a la perfección y pensó que no podía dejar pasar aquella oportunidad. Si era tal y como el tal Petter describía, aquello era un chollo.

¡Un verdadero chollo!

Cinco salas con mil trescientas butacas hicieron que el joven irlandés perdiera totalmente la cabeza por aquel paraíso y, antes de terminar la visita, Jason ya sabía de antemano que aquel lugar pasaría a ser de su propiedad.

4

Arianna aceptó una de las copas con champagne de la bandeja que la camarera le acercó y se la bebió de un trágó.

Ya está, lo había hecho, y lo único que deseaba era que aquella tortura llegase a su fin. Ya había dado el sí quiero, ya había cumplido su parte del trato.

Caminó hacia la mansión, dispuesta a huir del gentío, cuando se topó de bruces con su hermana mayor, Grace.

Sonrió levemente y se detuvo para interactuar con ella — aunque en realidad, después de las acusaciones tan graves que había lanzado contra Jason, no sentía ninguna gana de entablar una conversación — brevemente, pero Grace la esquivó.

Arianna parpadeó incrédula mientras observaba a su hermana mayor alejarse en dirección a la carpa, esquivándola.

Sonriendo con ironía, se refugió entre las paredes de su hogar y miró al exterior; hacia su boda.

La madre de Steve había llorado como una magdalena y el tío abuelo de Steve les había obligado a abrir el baile. Arianna había cumplido con cada detalle estipulado y había sonreído con sus mejores galas, aunque se había negado a dirigirle la palabra a su marido.

“Estás preciosa”, le había dicho en el altar. “Eres la novia más bonita que ha habido”, en el baile.

Steve Lowell había tenido una frase preparada para regalarle los oídos en cada ocasión, pero Arianna no caería, no.

¿Qué esperaba aquel hombre? ¿Qué después de la boda se comportase como la mujer perfecta? Con tan sólo pensarlo, sentía cómo la sangre que recorría sus venas comenzaba a hervir.

Steve Lowell no sólo no tendría a la mujer perfecta sino que, además, ella misma se aseguraría de que el resto de su vida pagase por el daño que le había hecho a su hermana. Aún no sabía cómo, pero lo haría.

— ¿Otro champagne más, señora?

Arianna saltó por los aires, asustada.

Todo el personal se encontraba en el exterior y había pensado que allí, escondida, se encontraba a salvo de todo el mundo. Se preguntó qué haría una camarera adentro, pero decidió que, en realidad no le importaba nada en absoluto.

— Sí — murmuró, cogiendo una de las copitas de la bandeja.

Arianna desvió la mirada hacia la ventana y sus ojos chocaron con Lowell. Él y su padre paseaban alejados del resto por las inmediaciones de los jardines, aparentemente sumidos en una importante conversación.

La mediana de los Townsend no pudo evitar preguntarse de qué hablaban; si es que su padre aún lograba articular una sola palabra. Desde que su madre se había distanciado de él —o quizás un poco antes—, el mejor amigo de Franck había pasado a llamarse whisky. Era indiferente la hora, el lugar o el instante, él siempre tenía una copa cargada hasta arriba sujeta en la mano; aunque aquel día

el problema parecía haberse acentuado más.

Lo vio, mientras paseaba con Lowell, balancearse de un lado al otro.

Desde allí, Arianna podía llegar a intuir por los gestos de su semblante que la conversación no estaba resultando del agrado de su padre, aunque tampoco estaba segura dado su estado.

Desvió la mirada de la habitación, dispuesta a abandonar la estancia y buscar a Rose, cuando chocó de frente con la camarera. Aún seguía allí, plantada, en mitad de la sala.

— ¿Ocurre algo? — preguntó la chica Townsend, sorprendida.

Se preguntó si la conocía de algo y trasteó en sus recuerdos hasta dar con el instante en el que sus vidas se habían cruzado: era la cocinera que le había dado a Grace la botella de alcohol que se había tomado en la noche fatídica.

— No, señora — respondió, sonriente — . ¿Desea otro champagne?

Arianna la examinó de arriba abajo.

Aquella chica no le gustaba en absoluto; es más, le parecía sumamente siniestra con aquella sonrisa extraña anclada constantemente en el rostro.

— ¡Ari! — interrumpió Rose, que entró apresurada en la sala.

La muchacha se giró hacia su hermana y después, sin ofrecerle nada, se marchó de la estancia.

— Te he estado buscando — dijo, abrazándola.

Ella sonrió levemente.

Rose se había cambiado de ropa y vestía un pantalón de traje negro y una camisa blanca. Aunque estaba elegante, cualquiera de los presentes en el exterior habría estado en que acuerdo aquel atuendo no era apropiado para la ocasión.

Arianna sonrió con ironía al pensar que, seguramente, le estaría haciendo boicot a la ceremonia.

— ¿Me acompañas a cambiarme? — preguntó, sonriente.

Rose asintió y ambas se encaminaron hacia arriba.

Aunque emocionalmente se encontraba hundida, Arianna Townsend se obligaba a pensar que todo aquel asunto tendría solución y que, tarde o temprano, cada uno obtendría el lugar que le correspondía en la vida.

5

Demencia.

Aquella había sido la única salida para evitar la prisión.

El abogado de Markus había recalcado el inestable estado psíquico en el que se encontraba su detenido. Su aspecto famélico, sus ropas harapientas y su estado de insalubridad habían contribuido a que el juez y el jurado opinasen del mismo modo que él.

— Es lo mejor que te puede pasar, chico — le contó, muy serio —, que te encierren en un psiquiátrico.

Y el jodido de él había dado de lleno en el clavo.

Markus desvió la mirada hacia el televisor, que se encontraba encendido a todas horas en aquella planta de la institución. Era una zona “común” para que todos los enfermos interactuaran entre sí, una de las tantas tonterías que se les había ocurrido a los psicólogos — Markus no terminaba de creerse que aquellos vendehúmos tuvieran una carrera universitaria de verdad — y que a él, en concreto, le venía genial.

Acudir a la sala le permitía pasearse por el pabellón con la excusa y, mientras tanto, rebuscar puntos flacos para preparar su fuga.

¿De verdad se pensaban que iba a pasarse la vida allí encerrado? ¿Empastillado hasta la coronilla? Iban listos.

Una cosa era admitir que aquel lugar era mejor que una prisión, otra cosa era admitir que encontrarse allí encerrado podía llegar a parecerse a “una vida”.

Uno de los enfermeros entró en la sala con un anciano en silla de ruedas. Lo situó junto a Markus, revisó que todo se encontrase en calma y después se marchó sin decir palabra.

— Hola — saludó el abuelo.

Markus no se molestó en devolverle el saludo; no le apetecía entablar una conversación.

Al principio sí que había interactuado con la gente, incapaz de contener la curiosidad de cómo serían aquella panda de dementes. Pero no tardó demasiado en comprender que allí ninguno estaba mal de la cabeza, más bien todo lo contrario.

Todos los pacientes que se encontraban en aquel lugar habían sido internados a la fuerza: algunos por la justicia y otros por el despotismo de sus familiares. Había ancianos de los que las familias se habían intentado librar, adolescentes con problemas cuyos padres no se encontraban por la labor de solucionar y un motón de escoria social que las grandes familias intentaban ocultar al exterior.

Eso sí, si pasabas demasiado tiempo encerrado entre aquellas paredes, uno podía terminar perdiendo el control. En la institución todos los días eran iguales y los médicos se preocupaban por lavarte el cerebro, con el fin de retenerte más y más tiempo en aquella especial prisión. A las siete de la mañana un enfermero les despertaba y les guiaba hasta los comedores. Después del desayuno, tocaba la ducha, y después la terapia diaria. Había días que se celebraba alguna actividad en grupo, pero como norma general tenías un loquero para ti solito. Después llegaba la comida, la ronda de pastillas, la televisión y la cena. Si te portabas mal, no había cena, ni televisión, ni comida. Las pastillas también desaparecían y los enfermeros sacaban a relucir sus enormes jeringuillas — les encantaba

sacarlas y no dudaban en provocar situaciones para poder utilizarlas — .

Mientras el Chelsea goleaba al Arsenal en la televisión, Markus calculaba aproximadamente el tiempo que llevaba allí metido. ¿Tres meses? ¿Cuatro meses? Quizás cinco.

En aquel odioso lugar el tiempo pasaba demasiado despacio, distorsionando el sentido de la realidad.

Sí, tenía que salir de allí y tenía que hacerlo cuanto antes si no quería que Arianna se olvidase de él. La noche en la que se lo habían llevado detenido, se había cebado tanto machacando al mierda de Jason que había olvidado su objetivo real: Ari.

Además, según la defensa, el mierda se le había escapado. ¡Ni siquiera lo había borrado del mapa! Cierto era que Markus escuchó comentar que había quedado en muy mal estado, pero seguía vivo. Y aquel asunto debía resolverse cuanto antes o Arianna jamás volvería a ser solo suya.

6

Después de leer la prensa, Jason había decidido cambiar el café del desayuno por un par de cervezas.

Sí, aquella era una de esas mañanas en las que uno necesitaba un pequeño empujón para sobrellevar el día. Una ayuda extra, digamos.

Sabía que tenía muchísima faena por delante y que debía ponerse manos a la obra cuanto antes, pero para poder rendir primero necesitaba despejarse. Despejar su cabeza; sus pensamientos.

Se sentó en el capó del coche y contempló el cielo anaranjado que poco a poco comenzaba a abrirse paso entre las nubes y la neblina de la primera hora de la mañana.

Aunque mentalmente había procurado alejarse de todo lo que rodeaba a Castle Combe, Jason había sabido desde un primer momento que sería imposible no tener noticias frescas sobre los Townsend, en concreto sobre ella.

Tomó otro sorbo de la cerveza, con la mirada perdida, justo antes de que su propia voz relejendo el titular del periódico resonase de nuevo en su interior: La unión de Arianna Townsend y Steve Lowell.

No lo había leído con detenimiento, pero sí superficialmente; hablaba del vestido de boda que lucía Ari, del traje de Lowell, de lo preparado que había estado todo, del banquete...

Una punzada de angustia atravesó su pecho y tuvo que reprimirla con otro trago

de cerveza. Sabía que lo último que le convenía era emborracharse desde tan temprana hora, ¿pero qué le iba a hacer? Tenía que disolver lo leído fuera como fuere.

Por unos instantes, el dolor y la angustia desaparecieron y sintió algo bastante similar al odio; al fin y al cabo, conocía a la perfección a la mediana de los Townsend y sabía que había renunciado a sus principios por dinero, o quizás por mantener su estatus.

Jason sabía que Arianna no estaba enamorada de Lowell y, aún así, había aceptado la voluntad de su padre por un simple apellido — o por una enorme mansión — .

Terminó de beberse la cerveza que tenía de trago y miró al hacia el horizonte. El cielo rojizo había comenzado a disiparse entre nubes más blanquecinas que anunciaban que aquel día podrían descansar de la continua llovizna.

Desde la colina, observando todo aquello que tenía a sus pies, Jason se obligaba a pensar que todo saldría bien y que aún le quedaba un futuro por delante. En definitiva, se obligaba a pensar que tarde o temprano olvidaría a Arianna.

Arrugó la lata de cerveza que ya había terminado pero que aún aferraba entre sus manos y la lanzó con ira, desahogándose. Sí, se obligaba a ser positivo, pero no lograba llevar la tarea al pie de la letra.

¿Por qué se le había metido Arianna de aquella manera en la cabeza? Aún con todo lo que estaba sufriendo, le costaba creer que el amor era tan doloroso y desesperado, tan loco.

Sufría por las noches pensando en ella, y aún sabiendo que había escogido su camino y que ella poseía la felicidad que él anhelaba, no conseguía pasar página y recordarla con cariño. La quería, la quería con él, a su lado.

Quería poder verla todas las mañanas al despertar, todas las noches al acostarse. Quería poder compartir sus sueños y lo que más quería de todo era poder sacar

ese “casi” que le torturaba de todos los instantes que habían compartido. Quería que de una vez por todas, esa oportunidad que se merecían se hiciera real y que Arianna descubriera no la felicidad que creía poseer por conservar un apellido y una mansión, sino la que Jason le podía proporcionar si ella lo permitía.

Rodeó el capó y volvió a sentarse en el asiento del conductor. Se había tomado tres cervezas y, aunque no eran suficientes para estar borracho, se las había bebido tan rápido que no podía evitar sentir un pequeño mareo.

Cuando desvió, inconscientemente, la mirada hacía el periódico, supo que nada de lo que había escrito en él le llegaba a molestar realmente; al menos no tanto como la fotografía que decoraba el titular.

En ella, Arianna estaba tan espectacular como siempre. A Jason le costaba creer que en aquella instantánea era feliz — como aparentaba ser — , pero sabía que había la posibilidad de que así fuera, de que lo que realmente la satisficiera en aquella vida era el poder y la posición social con la que había nacido.

Recordó por unos instantes cuando la conoció en aquel aeropuerto y lo que pensó de ella en un principio y fue incapaz de reprimir una sonrisa. “Una niña pija insoportable”, “una niña de papá”. Aunque después, poco a poco, había terminado por retractarse y creer que aquella faceta de Ari no era más que una triste fachada; una fachada que no necesitaba demasiado para derrumbarse dejar al descubierto la verdadera persona que se ocultaba detrás de tanta parafernalia.

¿Quizás se hubiera equivocado?

¿Tal vez Ari era en realidad quién aparentaba ser?

Arrancó el vehículo y, antes de abandonar la altura de la colina, deslizó con pena el periódico por la ventana. Su lado masoquista quería tener una fotografía de ella para no olvidarla y para poder recordar todos los buenos momentos que habían pasado juntos, pero su lado racional le decía que si conservaba aquella noticia se torturaría a sí mismo y sería incapaz de pensar en nada más que en esa

maldita boda.

Condujo en silencio, con la música apagada y de manera autómata. Cuando aparcó frente a los cines, Jason ni siquiera era capaz de recordar cómo había llegado hasta allí.

¿Se había tropezado con semáforos? ¿Con pasos peatonales donde las ancianas que salían a hacer la compra a primera hora de la mañana se arrastraban como caracoles? ¿Había encontrado las carreteras despejadas?

Tal vez las culpables eran las cervezas, tal vez sus propios pensamientos lo habían sumido en un trance, pero fuera cual fuese el motivo no podía recordar nada.

Decidió centrarse en la tarea que tenía por delante y comenzar a labrar su futuro. A aquellas alturas de la vida, Jason sabía que nadie iba a sacarle las castañas del fuego, ni a solucionarle la vida gratuitamente.

Si quería algo, tenía que conseguirlo; y la única manera que existía para hacerlo era luchar por sus sueños.

Sacó las escaleras, los botes de pintura, las brochas y la caja de herramientas y los colocó cuidadosamente en la acera de enfrente, junto al vehículo. En dos viajes, fue llevando poco a poco todo el material que necesitaba a la entrada del establecimiento hasta que terminó con todo.

Justo antes de cerrar las puertas y comenzar a trabajar, Jason pensó en Lucy. Fue un pensamiento rápido, de curiosidad, al que no le sumó demasiada importancia. Se preguntó qué tal le iría a la muchacha en Manor House y cuántos de los últimos sucesos en los que se había visto implicado habían llegado hasta sus oídos — y de qué manera — .

Después se encerró en lo que esperaba convertir en su pequeño paraíso y se colocó el buzo blanco de pintor que había recuperado de los almacenes de su

padre, olvidando todo aquello que tanto le torturaba cuando se encontraba en el exterior.

Por primera vez, Jason logró no pensar.

7

Manor House parecía encontrarse en una burbuja, alejado del exterior y sumido en un helado invierno donde nadie parecía feliz ni quería permanecer demasiado tiempo.

A Arianna Townsend le parecía curioso cómo incluso los propios empleados del lugar habían evolucionado hacia personas lúgubres y silenciosas que se arrastraban en silencio, esperando no cruzarse con ninguno de los señores, para llevar a cabo sus tareas cuanto antes y dejar pasar las horas que les restaban para regresar a su hogar.

En aquellos meses, podía recordar que su hermana pequeña, Rose, había sonreído en alguna que otra ocasión; y aunque no habían sido repetidas, Ari atesoraba cada pequeña sonrisa que había reflejado su rostro como si fueran tesoros.

Arianna se asomó por la ventana y suspiró al observar el cielo despejado abriéndose paso a través de las montañas. El buen tiempo no parecía acorde con el humor de los habitantes de Manor House, pero aún así agradeció que aquel día fuera a poder disfrutar de unos escasos rayos de sol.

Cuando salió de su habitación hacia el comedor, pensó que aquella tarde podía salir con Rose a pasear por los jardines o a realizar alguna excursión, algo que pudiera ayudarla a mejorar su estado anímico.

Cuando abrió la puerta, su mirada chocó contra Steve Lowell y la rabia se apoderó de ella. Pensó lo poco que se diferenciaba aquel desgraciado de un delincuente vulgar, de un asesino, y las ganas de vomitar se apoderaron de ella.

Al lado de Steve, su padre bebía el primer whisky de la mañana. Ari dudaba que Franck fuera a lograr aguantar despierto hasta el mediodía, pues últimamente donde mejor se le podía encontrar era dormitando con el whisky semivacío en la mano en el sillón de la biblioteca.

Viviane aún no había llegado y en los últimos días Rose no había bajado a desayunar o comer. Caminó hacia el frente y observó cómo Steve Lowell señalaba una silla para que Ari tomase asiento a su lado.

— ¿No puedes complacer a tu marido por una sola vez? — sonrió con desdén.

Franck ni siquiera miró a su yerno.

Desganada, decidió tomarse el día con filosofía y procurar conservar su buen humor, evitando cualquier desacuerdo o discusión que pudiera llegar a ocasionarse.

Caminó hacia Steve Lowell, que sonrió con amplitud al comprobar que Arianna aceptaba su invitación, y desvió la mirada al sentarse para no tener que soportarle.

Franck gruñó algo ininteligible mientras el lacayo le servía el café, justo en el instante en el que Viviane entraba en la estancia.

Ninguno de los presentes la saludó, ni le preguntó qué tal había dormido y Viviane añoró aquellos años en los que Franck y ella se habían llegado a amar y habían procurado mantener a raya las discusiones entre Grace y sus hijas. En aquellos años, Viviane había predicho contra todo pronóstico que al madurar las tres chicas terminarían convirtiéndose en buenas amigas y que Manor House se transformaría en un lugar feliz.

Al sentarse, miró a su hija y a Lowell y pensó que aquellos años habían resultado los más maravillosos de su vida.

— Buenos días — susurró con la mirada gacha.

Arianna sonrió débilmente en señal de respuesta, por lo demás, la estancia se mantuvo muda hasta que unos pasos firmes y rectos captaron la atención de los presentes.

Rose entraba en el comedor, no sólo con paso firme, si no con una sonrisa impresa en el semblante.

— Buenos días — saludó, justo antes de besar a su madre en la mejilla.

8

Lowell tenía un sexto sentido para percibir aquello que se avecinaba, y algo le decía que las cosas no iban del todo bien.

Desde luego, la nota que le habían dejado en su dormitorio no era un buen augurio; aunque sospechaba que Rose estaba detrás de aquellas amenazas.

“Si la tocas, pagarás”

Escrita con la pulcra tipografía Times New Roman a un tamaño considerable en un papel depositado bajo su puerta.

¿Quién podía ser si no Rose? ¿A quién se refería? Parecía bastante evidente que hablaba de Arianna.

Torció la mueca en disgusto al pensar en la sonrisa de desprecio con la que la había visto amanecer aquel día y pensó que, después de todo, aún no había logrado librarse por completo de la mosquita muerta de Rose Mary.

Además, las cosas no iban como había esperado con Arianna y si pretendía mantener algo más que un título, debía de tomar cartas en el asunto. ¿Acaso no eran marido y mujer?

Pensó que ya tendría tiempo de sobra para preocuparse de aquellos asuntos tan banales y decidió centrar sus esfuerzos en preparar la reunión con los inversores de Japón. El viejo Franck Townsend, cargado hasta la coronilla de whisky, le

serviría de poco o de nada si se plantaba en la sala apestando a alcohol. Eso sí, alcohol del bueno, del caro. Del que no muchos de esos japoneses se permitían beber entre semana y a deshoras.

Lo meditó varios instantes y supo de inmediato que, de un modo u otro, también debía librarse del viejo Franck.

¿Cómo podía hacerlo desaparecer sin levantar barullo alrededor?

Sin pretenderlo, sus pensamientos volvieron a desviarse a Rose Mary. La había procurado dejar apartada, pero en el fondo sabía que le estaba restando peso al asunto. ¿Acaso no podía Rose Mary destruirlo en un abrir y cerrar de ojos con una simple confesión? Y había creído que se había librado de ella.

¡Claro que lo había creído, sí!

La mosquita muerta había engañado a todos con sus andares pesados y su aspecto desaliñado, pero al parecer, había decidido regresar a la carga con todas.

Pensó que tenía que ir paso a paso y que si quería hacer desaparecer a Franck tenía que maniobrar con delicadeza para que no se repitiera el acto.

Agarró la nota, arrugándola en su puño cerrado, y salió de la habitación para recorrer los pasillos de Manor House en dirección a la estancia de Rose.

Cuando pasó frente al dormitorio de Arianna, le pareció escuchar el sonido de su voz y se dijo a sí mismo que aquel sería su segundo destino. Por último, el viejo Franck.

Golpeó la puerta con los nudillos y esperó hasta que la voz de Rose resonó con tono sutil desde el interior.

— ¿Si?

Steve sabía de sobra que no le esperaba a él, así que no se lo pensó dos veces y abrió la puerta para irrumpir en el interior y aprovechar la ventaja del factor

sorpresa.

El cuerpo de Rose se tensó de inmediato, presa del miedo, del pavor.

— ¡¿Qué haces tú aquí?! — aulló, consternada.

Estaba de rodillas, en el suelo, con las manos cruzadas en una biblia sobre la cama. Steve procuró asimilar aquella imagen con seriedad, pero fue incapaz de reprimir una sonrisa maquiavélica.

— ¿Así que por eso estás tan contenta, eh, Rosy? — inquirió, cerrando la puerta tras de sí y caminando en su dirección con chulería — . ¿La pequeña Rose Mary ha encontrado a Dios?

La joven se arrastró por el suelo, procurando mantener la distancia entre su agresor y ella hasta que chocó con la pared y el espacio a recorrer se terminó.

Recordó en un pequeño instante, como si se tratase de una estrella fugaz que cruzaba en un segundo sus pensamientos, cada sensación vivida aquella terrorífica noche en las habitaciones altas de Manor House.

Miró fijamente a Lowell, repitiéndose a sí misma que no tenía nada que temer... Que aquel hombre ya no podía destrozarla más. Pero su voz y los alaridos de dolor que habían abandonado su garganta tiempo atrás, mientras Steve le desgarraba sin piedad las entrañas, volvieron a recrearse en su cabeza una y otra vez, recordándole a Rose lo débil e indefensa que se encontraba en aquel instante.

— Bueno, bueno... Bueno.

Steve Lowell arrastró cada sílaba en su garganta, satisfecho con la reacción que estaba provocando en la inocente Rosy.

— Te veo bien — concluyó, recogiendo la biblia que yacía sobre la cama y alzándola en alto.

Rose pensó que se la lanzaría a la cabeza, así que se cubrió con los brazos. En lugar de tirársela, simplemente la ojeó estupefacto hasta que una mordaz carcajada abandonó su garganta y resonó en el habitáculo.

Cualquiera desde el exterior hubiera pensado que Steve Lowell era preso de una buenísima broma; de la broma del día.

— Déjame en paz — escupió Rose, procurando parecer más valiente de lo que era y menos asustada de lo que estaba.

En aquellos instantes, cada vez que miraba a Lowell, sentía una repulsión absoluta hacia él. Se preguntaba cómo demonios habría podido aceptar Arianna contraer matrimonio con una persona tan horrible, aunque en el fondo sabía muy bien la respuesta.

— ¿Qué te deje en paz? — se burló, sacando la nota del bolsillo de su americana y tirándosela a los pies.

Steve estaba encantado con el efecto que había causado en ella.

La veía allí, tirada en el suelo, temblando como un pobre corderillo... Y no podía hacer otra cosa que sonreír.

Desde luego, había logrado su objetivo; que la buena de Rose Mary le dejase tranquilo y se mantuviera calladita, ¿no?

Después de aquel susto no volvería a atreverse a lanzar en vano ninguna amenaza.

— ¿Qué...? — musitó Rose, desdoblado con la mano temblorosa el papelito.

Mientras leía la nota, a Steve le pareció atisbar un destello de sorpresa en su rostro, aunque la chica no dijo nada.

Por unos instantes, se preguntó si realmente había sido ella la responsable de aquella amenaza aunque... ¿Quién iba a ser, sino?

Lowell se agachó hasta quedar a la altura de la chica.

La miró a los ojos con sarcasmo y chulería, disfrutando del terror que la invadía. Tenía los ojos acuosos e, inconscientemente, le temblaba el cuerpo.

— Si vuelve a llegarme algo..., algo parecido a esto — señaló, agarrando la mano en la que Rose salvaguardaba la nota con la amenaza — , entonces lo de aquella noche se quedará en un bonito recuerdo para ti, Rosy.

La chica, sin pestañear, se quedó mirándole.

Tenía la piel erizada y las convulsiones habían empeorado, aunque ella no era realmente consciente de lo mucho que se sacudía su cuerpo ante él.

— ¿Me has entendido, Rose Mary?

La pequeña Townsend asintió con una silenciosa sacudida de cabeza y Lowell liberó su mano en el acto, dispuesto a marcharse del lugar.

Cuando el hombre desapareció, Rose necesitó varios minutos para recomponerse y calmar su acelerado pulso. No fue consciente de que se encontraba sentada en un charco de orina hasta que logró calmarse por completo; y aún, aún cuando su cuerpo había dejado de temblar compulsivamente, no logró espantar las pesadillas que tanto daño la creaban.

Llenó la bañera con agua tibia, al igual que había hecho aquella dolorida noche, y se metió en el interior hecha un ovillo. Las heridas físicas hacía tiempo que habían desaparecido y tan sólo quedaban las psíquicas; aunque estas segundas eran todavía más potentes y peligrosas que las primeras.

Pasó tantas horas en la bañera, escuchando en su cabeza sus propios gritos y sus suplicas de piedad, recreando el dolor y las manos frías de Lowell sujetando sus piernas, la angustia, su miembro erecto ante ella dispuesto a desgarrarla y violarla, que no fue consciente de que el agua hacía tiempo había quedado helada.

Cuando abandonó el servicio para introducirse, aún mojada, bajo la protección de las gruesas mantas de su cama, tenía la piel tan arrugada que parecía haber envejecido cincuenta años en tan sólo unas horas.

Rezó mucho aquel día.

Rezó porque aquel desgraciado terminase bajo tierra, rezó por su hermana Arianna, rezó por el alma de su padre — la que consideraba corrupta y podrida — , pero sobre todo, rezó porque fuera quien fuere la persona que había enviado aquella nota, no volviese a enviar ninguna más.

9

Westbury era un lugar pequeño.

De camino a la panadería de su amiga Sarah, Katie pasó por delante de los cines que, durante generaciones, habían formado parte de su familia.

Sintió una punzada de alivio — al fin alguien se había atrevido a comprarlos y su padre podría hacerse cargo de todas las deudas que los ahogaban — , pero sobre todo, sintió nostalgia.

Echaría de menos cada recoveco en el que se había perdido jugando a lo largo de su infancia.

Pasmada en la acera de enfrente, se quedó varios segundos mirando fijamente al chico que había adquirido el lugar.

Jason O'Brien había decidido darle una vuelta por completo a aquellos cines y, dispuesto a comenzar por la fachada exterior, cargó las metálicas escaleras sobre su hombro y salió al exterior. Antes de comenzar a trepar por ellas, observó el cartel con perspectiva procurando fotografiar mentalmente aquella noche estrellada con la luna azul.

Katie pensó que aquel muchacho tenía algo especial, algo que atraía; y sin

entender muy bien las razones que la guiaban a actuar de aquella extraña manera, retomó el camino a la panadería dispuesta a comprar dos desayunos con buenos cafés — los cafés que hacía Sarah eran los mejores de Westbury — .

— ¿También eres pintor? — preguntó, intentando alzar la voz lo suficiente como para que Jason la escuchase, y procurando pasar a su vez desapercibida.

Sabía que no estaba haciendo nada malo, pero a aquellas alturas el pueblo entero se había hecho eco de que su padre acababa de vender los cines y no quería que nadie la “pillase” charloteando con el nuevo propietario.

¿Qué pensarían? En realidad, Katie no sabía muy bien qué se podía deducir de aquello, pero tampoco dejaría lugar a probables habladurías.

— ¡Ey! — exclamó todavía más alto al ver que el chico continuaba inmerso en su tarea.

Jason se giró levemente, esquivando el cubo de pintura que había colocado un escalón más arriba del que se encontraba, y agachó la mirada hacia el suelo.

¿Era la hija del dueño? No recordaba su nombre... ¿Katie?

— ¡¡Hola!! — saludó, dibujando una sonrisa fugaz que no logró mantener demasiado tiempo en el rostro.

Quería comenzar con buen pie y ser agradable con la gente de la zona, pero aquel día en especial le costaba demasiado mantenerse feliz y fingir estar de buen humor. Arianna Townsend atormentaba más que nunca cada pensamiento que poseía.

Katie alzó la bolsa en alto, mostrándosela.

— ¿Los pintores también desayunan, no? — inquirió la chica, sonriente.

No llegó a entender muy bien a qué se refería, pero decidió bajar y comenzar aquella relación con amabilidad. Después de todo, su padre había sido el anterior

dueño de aquel lugar y podía llegar el momento en el que necesitase hacerle alguna que otra consulta sobre el mantenimiento.

Cuando pasaron al interior — la chica parecía bastante nerviosa mientras hablaban en la puerta — , Katie vació la bolsa y colocó sobre la mesa de los taquilleros un par de cafés en vasos para llevar y unos cruasanes que tenían una magnífica pinta.

— Gracias,pero... — dijo Jason, un tanto impactado por la repentina amabilidad de la muchacha — , no te tenías que haberte molestado.

Ella se encogió de hombros, queriendo expresar algo parecido a “no ha sido nada”.

— ¿Eres de por aquí? — inquirió Katie, sin tardar demasiado en hincarle el diente al cruasán.

Jason la imitó.

— Más o menos — respondió — . ¿Y tú?

No entendía muy bien qué hacía aquella chica allí, pero debía admitir que el café estaba realmente bueno.

— Yo vivo aquí al lado.

Katie señaló al exterior, como si desde allí Jason fuera a poder identificar cuál de todas las viviendas era la suya.

El chófer asintió.

— Así que cineasta...

Katie sonrió guiñándole un ojo y, en aquel mismo instante, fue consciente de sus propias intenciones. ¿Estaba tonteando con Jason?

— Hay cosas que son imposibles no heredar — apuntó el chico — , y más cuando te crías rodeado de ellas.

Ella asintió, totalmente de acuerdo con él, mientras Jason se sumergía en los recuerdos de su infancia.

Por primera vez, la joven pudo escrutarle realmente; era castaño, aunque los reflejos pelirrojos no pasaban desapercibidos y tenía unos profundos ojos con motas verdes que le dotaban de un aire misterioso y muy sensual. Jason suspiró profundamente liberando el aire de sus pulmones en el mismo instante en el que ella se perdía en sus carnosos labios.

Se preguntó qué habría querido decir al principio de la conversación, cuando le había preguntado si era de allí, y le había respondido que “más o menos”.

Jason tenía un aura misteriosa que de alguna manera hipnotizaba a Katie, a pesar de que no lo conociera de nada. Se preguntó si aquella era la verdadera razón por la que le había llevado el desayuno o si realmente la nostalgia había influenciado en algo.

Aunque no supo responderse a sí misma a aquella cuestión, decidió que no quería marcharse tan temprano a pesar de haberse terminado ambos sus respectivos desayunos.

— ¿Tienes otro de esos?

— ¿Otro de qué? — inquirió Jason, desconcertado.

Estaba teniendo un día duro, y aún con todo había procurado ser agradable con aquella chica; pero necesitaba estar solo.

— Otro de esos buzos — dijo señalando el buzo de trabajo blanco, levemente salpicado de pintura azul de la luna, que Jason vestía.

Él titubeó.

— Sí, tengo otro buzo.

— Muy bien — concluyó la joven — . Ahora tengo una pregunta de suma importancia para ti.

El chico irlandés arqueó las cejas, algo desconcertado.

La verdad, si debía ser sincero, no terminaba de pillarle el punto a Katie.

— Si es tan importante, dispara.

— ¿Piensas pintar y reformar tú solo el establecimiento entero?

Jason lo meditó unos instantes.

Sí, exactamente aquello era lo que pretendía hacer.

Sabía que lo fácil era contratar un par de carpinteros y pintores, pero un lugar de tales magnitudes requería de mucho tiempo que, en otras palabras, se traducía a dinero. Se requería de muchísimo dinero y Jason no tenía ni una sola libra para malgastar.

— Eso tengo pensado, sí.

La chica miró a su alrededor, inspeccionando el lugar y valorándolo como si no lo conociera de toda la vida.

— ¿Y sabes cuánto tiempo te llevará hacer todo esto tú solo?

Jason se encogió de hombros.

Supuso que varios meses, aunque había contado con ello desde un principio y había calculado y suministrado el dinero como para poder sobrevivir una temporada sin necesidad de trabajar en otra cosa.

Podía permitirse, después de todo, dedicarse plenamente a la reforma. Eso sí, el dinero no había podido estirarse de mejor manera y no había quedado espacio para un margen de error; una vez inaugurados los cines, estos debían de arrancar de la misma si no pretendía quedarse en la ruina total.

— Supongo que me llevará un tiempo — dijo, al final, aún sumido en sus pensamientos.

Katie sonrió.

— Pues menos mal que tienes otro buzo de esos y que somos dos, ¿no?

Y aunque había deseado quedarse solo, al final, terminó sonriendo con la mejor sonrisa que fue capaz y pintando el interior con Katie.

Al principio se sintió contrariado y rabioso y no pudo evitar mal-disimular su mal humor, pero alrededor del mediodía, mientras las risotadas de la joven inundaban el ya no tan silencioso lugar, Jason fue consciente de que en toda la mañana no había vuelto a pensar ni una sola vez en Arianna Townsend y que, después de todo, quizás la compañía de aquella extraña muchacha no le vendría del todo mal para mantener sus pensamientos a raya.

10

En la sala común no quedaban demasiados pacientes.

Grace Townsend observaba la televisión con la mirada perdida, en un estado de semiinconsciencia que las pastillas del psiquiátrico le habían inducido. En realidad, ni siquiera se había fijado en las imágenes que reflejaba la pantalla de “*la caja tonta*”.

Si se esforzaba mucho, muchísimo, llegaba a poder vislumbrar a su hermana Arianna con el impresionante vestido blanco de novia, camino al altar. En la ceremonia, se habían liberado centenas de mariposas por el jardín para dotar el aire de romanticismo y Grace no podía evitar sentirse, en cierta manera, como aquellos pequeños y asquerosos insectos.

Ella era un insecto para su familia.

Y aunque compartía con las mariposas ciertas similitudes — como que la mantuvieran encerrada, sin visitas, hasta que se decidiesen a liberarla — , había otras diferencias que no podía obviar. Sus padres no la veían bonita. No la habían llevado a Manor House para *decorar* la boda de su hermana y, si se

paraba detenidamente a pensarlo, ni siquiera la habían tenido en cuenta a la hora de sacar la foto familiar.

Aunque no estaba totalmente convencida de la coherencia de sus pensamientos — pues la mayoría del tiempo su mente se mantenía enturbiada por la medicación — Grace tenía claro que para su familia, ella era un insecto.

Un insecto feo que tenían que aplastar cuanto antes.

Un insecto del que debían librarse.

En aquel estado, poco podía hacer por sí misma, y mucho menos aún por vengarse de su familia. Pero sabía que tarde o temprano no podrían retenerla más en aquel lugar y entonces, solo entonces, Grace se vengaría de todo y de todos.

De Arianna, de Rose, de Franck e incluso, de Viviane.

La buena y amable de su madre, que engañaba a todo el mundo con aquella fachada de bondad y generosidad pero que luego no derramaba ni una lágrima, ni siquiera dudaba, a la hora de encerrar y drogar a su hija.

Se preguntó, mientras poco a poco los párpados se le iban cerrando, si alguien en Manor House la estaría echando de menos en aquellos instantes. Las pastillas le hacían pensar en tonterías.

Nadie se acordaba de ella... y además, tampoco quería meditar en ello. Tenía sueño, mucho sueño... Las pastillas solo le hacían dormir y le enturbiaban la mente, llenándosela de niebla e impidiéndole pensar con claridad.

— Eh, te has dormido... — musitó una voz masculina, sacudiéndola por los hombros.

Escuchó la voz de fondo y supo de inmediato que el efecto de la medicación aún era fuerte, aunque comenzaba a disiparse en pequeña medida.

Le costó abrir los ojos y girarse, con lentitud.

— Ya — señaló, a modo de respuesta.

¿Qué más le daba a aquel imbécil si se había dormido o no?

Volvió a cerrar los ojos, incapaz de resistirse a los calmantes y la relajación que estos le proporcionaban, a pesar de continuar percibiendo la presencia del muchacho tras ella.

Estaba tan cansada...

Volvió a abrir levemente los ojos para darse la vuelta, balanceándose un tanto mareada.

— ¿Eh? Sí, eeeh... — dijo, arrastrando cada palabra con esfuerzo — . ¿A ti que maaás te da, imbeeeécil...?

Pensó, mientras recuperaba la postura en la silla, que sería alguno de los chalados de la *sección* de psicopatías o de trastornos de doble personalidad.

Allí nadie estaba sano.

El chico se quedó unos segundos más allí, inmóvil, pero al final terminó por sentarse en la butaca de la que se había levantado.

Era la hora de regresar a su celda particular, a su hogar, dulce hogar, si no quería que los celadores le llamasen la atención.

A aquellas horas, nadie debía continuar en las zonas comunes.

Escuchó varios pasos acercándose a la sala y decidió largarse de allí cuanto antes, dejando a su suerte a Grace Townsend.

Mientras caminaba de vuelta, recorriendo el pasillo, escuchó a los enfermeros alzar la voz y supo en el instante que se dirigían a ella — tampoco quedaba allí nadie más — .

Por fin la suerte parecía interceder en su destino, aunque Markus no podía evitar preguntarse cómo narices había podido acabar una de las Townsend en un lugar como aquel.

12

Jason observó el local con perspectiva.

El tiempo pasaba con rapidez y el dinero volaba junto a él. Allí de pie, frente a la entrada de los cines Lunático, podía vislumbrar a la perfección un futuro tranquilo, sin grandes lujos ni caprichos.

Algo sencillo, algo con lo que vivir sin preocupaciones.

Cruzó los brazos en jarras, con la cabeza alta, mientras una sonrisa de felicidad afloraba en sus labios. El cartel del exterior, donde la luna azulada iluminaba la noche bajo las letras góticas de Lunático estaba totalmente reformado.

Cierto era que no podía atribuirse el cien por cien de los méritos, pues gran parte del trabajo lo había realizado Katie — sobre todo la parte más artística — , y lo mismo pasaba con las paredes del interior.

Jason no estaba totalmente seguro de la verdadera razón por la que la chica acudía cada día a prestarle su ayuda, aunque tenía varias teorías al respecto: no había asimilado que los cines habían dejado de pertenecer a su familia, sentía nostalgia y se quería despedir del local, o... O quizás sentía algún interés especial por él.

Fuera cual fuese la razón, el irlandés se alegraba de desconocerla. Tenía

demasiadas cosas en las que meditar y no quería más añadidos a sus preocupaciones. Además, se veía que era una buena muchacha y, después de todo, la compañía — y sobre todo la ayuda — le estaba viniendo de perlas.

Caminó al frente y entró en el interior. Mientras cruzaba el umbral, se imaginó la sala con olor a palomitas y chucherías y el vocerío de las familias de fondo.

Suspiró y poco a poco fue liberando el aire de sus pulmones, relajando su cuerpo y sopesando por qué tarea debía de comenzar aquel día, cuando noto unos pasos tras él.

Se giró de golpe y se encontró de bruces con Katie, que había entrado sigilosamente y se encontraba situada en su espalda.

— ¡¡Mierda!! — exclamó, soltando una carcajada que inundó con rapidez el ambiente — . Quería sorprenderte...

Jason le respondió con una sonrisa, justo antes de golpear con delicadeza su hombro con el puño.

— Pues no lo has conseguido — rió — , eres peor que un elefante en una cacharrería.

La chica, soltando el desayuno — desde ese primer día siempre había encargado de los cafés — , asintió con seriedad.

— Tienes razón, no sirvo para dar sorpresas.

Se giró hacia él con una sonrisa traviesa.

— Aunque hoy te he traído una — anunció.

El chico irlandés caminó al fondo en busca del traje de pintor que había dejado de ser blanco con rapidez.

En muy poco tiempo, Katie y él habían estrechado lazos y afianzado la relación,

manteniendo una rutina constante del día a día que a Jason le agradaba mucho.

— ¿Una sorpresa? — repitió, devolviéndole la sonrisa traviesa — ¿qué me has traído?

Con el dedo índice, le indicó que se diera la vuelta para preparar la sorpresa en condiciones.

— Y no te atrevas a mirar o tendrás que pintar los techos tú solito...
— amenazó.

Jason respondió con una risotada plena y feliz.

Mientras se encontraba de aquella manera, girado contra la pared para evitar cotillear, pensó levemente en Arianna y en la vida que la chica tendría en aquellos instantes.

Odiaba pensar en ella.

Y lo que era peor: odiaba abusar de la compañía de Katie para no pensar en ella.

— ¡Listo! — exclamó la muchacha — ¡Ya puede darse la vuelta el señorito!
— rió.

Él obedeció.

Anonadado, se quedó embelesado observando los tres carteles que Katie había colgado del taquillero. Cada uno tenía un formato diferente, pero todos eran impresionantes. El tamaño era el suficiente para captar la atención de cualquier transeúnte aunque se encontrase a cierta distancia de él y los colores se encontraban levemente saturados.

— ¡Guau! — exclamó en un suspiro.

Se acercó hasta uno de ellos y lo señaló.



— Me gustan los tres, pero me quedo con este.

Ella ensanchó su sonrisa.

— Ahora sólo nos queda pintar los techos y hacer que todo esto funcione

— murmuró ella, observando su alrededor.

El trabajo, poco a poco, comenzaba a avanzar. Una parte de ella anhelaba poder contemplar los cines de su familia reformados, preparados para una reapertura a lo grande, pero otra parte de su interior le decía que, cuando más tiempo tardasen en terminar, más tiempo pasaría con Jason.

— Eh, Katie. Gracias por todo, de verdad.

Aún con el cartel en la mano, se giró hacia la muchacha para poder observarla.

Ella tragó saliva; el espacio entre ambos se había reducido y desde aquella cercanía podía aspirar el masculino aroma de Jason.

— Muchas gracias por todo... Por la ayuda, por los carteles..., por estar aquí conmigo.

Katie sacudió la cabeza, sonriente.

— No tienes que dárme las.

Se quedaron mirándose en silencio, escuchando la respiración del otro mientras sus miradas delataban la confusión que ambos sentían en aquel instante.

— Esta semana sacaré las copias del cartel y cubriremos el pueblo — dijo, esperando romper el silencio incómodo que se había creado entre ambos — , estoy segura de que será todo un éxito.

En el ambiente se respiraba tanta tensión, que la chica comenzó a impacientarse. Jason caminó un paso al frente, acortando a un más la distancia mientras el

nerviosismo de ella aumentaba.

El irlandés podía notar, aún sin tener la certeza de ello, que la chica le deseaba. Quizás no era la única razón por la que se encontraba en aquel lugar, pero en aquel instante estuvo seguro de que si la besaba, ella no se apartaría.

Caminó otro paso al frente y Katie sintió que el corazón se le aceleraba de tal manera que, de un momento a otro, terminaría saltándole del pecho.

— ¿Lo tienes claro? — preguntó Jason.

No supo muy bien a qué se refería: ¿a si todo saldría bien?

Tampoco le dio tiempo a preguntar porque, cuando quiso darse cuenta, las manos firmes de Jason ya se habían posado sobre su nuca, encima del cabello. Sintió el aliento caliente de él en sus labios y después la humedad de su boca buscando la suya.

Deseosa de que aquel instante jamás tuviese final, se rindió plenamente al momento y disfrutó del sabor de Jason mientras sus manos, traviesas, recorrían con impaciencia y cierto pudor su espalda.

Cuando el muchacho retrocedió un paso hacia detrás, Katie liberó todo el aire que había contenido sin darse cuenta en sus pulmones.

— No besas mal, ¿eh? — bromeó ella con el corazón acelerado, intentando romper el hielo y restarle importancia al momento.

Jason le devolvió la sonrisa y le guiñó un ojo, mientras un cosquilleo recorría su cuerpo.

Hacía mucho tiempo que no besaba a ninguna mujer. En realidad, no lo había hecho porque ninguna le había atraído lo suficiente desde que había dejado a atrás a Arianna. Pero en aquel instante...

Repitió el paso a la inversa, acortando una vez más la distancia.

Katie, que le miraba fijamente a los ojos, no necesitó más señales de confirmación para lanzarse a su boca, dispuesta a volver a disfrutar del sabor y la cálida humedad del irlandés.

Poco a poco el deseo comenzaba a ascender más y más, mientras la impaciencia aumentaba y el beso, ansioso y apasionado, se prolongaba.

Todavía tenían la puerta del local abierta y, desde aquel punto en el que se encontraban, cualquier desde el exterior podía verles si se asomaba un poco. Rendidos al momento, ninguno de los fue consciente o, al menos, no pareció importarles.

Jason apretó las nalgas de la muchacha con ambas manos, elevándola para auparla del suelo aún sin dejar de besarla.

— Jason... — gimió, extasiada.

Él la silenció mordiéndole el labio.

No quería hablar, ni pensar en lo que estaban haciendo.

Simplemente quería dejar que todo fluyera...

La colocó sobre la mesa y abrió sus piernas, introduciéndose entre ellas para que ambos cuerpos se tocaran. La miró con rapidez, recorriendo el cuerpo esbelto de la muchacha de arriba abajo; vestía unos vaqueros de campana desgastados y una camiseta de tirantes pegadita que dejaba cierta parte de su tripa al descubierto, con un escote en pico que perfeccionaba sus pechos.

Sin poder contenerse, comenzó a besar su cuello, lamiendo y chupando a su vez mientras Katie iba retirando el buzo blanco que él llevaba encima.

Sacó ambos pies del interior y apartó el traje de pintor de una patada, justo antes de retirarle por encima de la cabeza la camiseta a Katie. Observó sus pechos aprisionados bajo el sujetador y, sin quererlo, no pudo evitar hacer una comparativa con Arianna.

Katie tenía la piel blanquecina y pecosa; era esa clase de persona que jamás se pondría morena por mucho que tomase el sol en verano. Los pechos pequeños, aunque resultones. No podía negar que era atractiva, aunque...

Impaciente, la muchacha introdujo la mano de Jason por debajo de su sujetador, obligándole al muchacho a masajear sus senos mientras se mordía el labio con lujuria. Él, obediente, sacudió sus pensamientos y obedeció.

Notó la mano de Katie, impaciente, desabrochar con soltura su cinturón justo antes de que sus vaqueros se deslizaran a hasta los pies.

Ella sonrió con picardía y él le devolvió la sonrisa.

— La puerta — señaló ella, percatándose de que aún continuaba abierta.

En aquellos instantes, a Jason le importaba un carajo aquel pequeño detalle.

— Déjala...

Katie sacudió la cabeza con cierta desesperación y se bajó de la mesa con el sujetador mal colocado y los senos al descubierto. Sin poder borrar la sonrisa y con cierta timidez, se desabrochó el pantalón y se quitó con delicadeza y un baile sensual los pantalones campana.

Jason se mordió el labio, ansioso por poseerla y penetrarla; por desinhibirse y olvidar el pasado de una vez por todas.

Ella, acalorada y procurando ocultar su timidez, caminó con valentía hasta la puerta para cerrarla de un portazo y regresar. Jason la observó retomando el camino hacia él, mientras sus caderas se movían y su cuerpo quedaba totalmente al descubierto tan sólo oculto tras un fino tanga de hilo. Era más alta que Ari, y más natural.

Pensó, mientras se acercaba a él con esa sonrisa de niña traviesa, que Katie podía ser una mujer muy atractiva si se arreglaba un poco. También pensó en las horas

de peluquería y estética de las que disfrutaba Arianna semanalmente y...

“¡¡Basta, para!!”, se recriminó, consciente de que aún no había logrado sacarse a *su chica dorada* de la cabeza. Odiaba la comparativa que estaba realizando, aunque por alguna razón no podía evitar no hacerla.

Katie agarró su mano, que en contraste con su piel estaba helada, y tiró de él para arrastrarlo hasta una de las salas de cines.

Casi a oscuras, Jason inspeccionó la sala; se sorprendió al comprobar que las butacas de aquella zona estaban algo más desgastadas de lo que le había parecido en un principio; la tela negra parecía algo carcomida y la alfombra que cubría los escalones ya no lucía el mismo rojo.

Se entristeció un poco al pensar que aún le quedaba mucho trabajo por delante antes de la apertura, y mientras Katie le guiaba a la sala interior con total destreza — conocía demasiado bien aquel lugar —, los pensamientos del irlandés aún sopesaban si abrir mientras reformaba poco a poco y por partes las salas o esperar a que todo estuviera listo.

— ¿Qué piensas? — murmuró ella, acariciando su torso por debajo de la camiseta.

— Nada, no pienso en nada — respondió con rapidez, obligándose una vez más en concentrar su atención en Katie.

En la sala interior, lejos de la mesa de trabajo y de los aparatos, había un gran sofá de cuero negro en el que Katie había pasado mucho tiempo años atrás.

Le pareció un buen lugar para continuar sus “juegos”, así que sin pensárselo dos veces tiró de Jason hasta que este terminó sentado en el sofá.

Besándole con pasión, comenzó por retirar su camiseta y después deslizar sus bóxers. Tenía un pene grande, erecto, dispuesto, que le hacía perder la cabeza con tan sólo mirarlo.

Sudorosa por el calor que sentía en su interior y el que ya poseía la habitación — no tenía ventilación y llevaba mucho tiempo cerrada — , se terminó de quitar el sujetador y el tanga, quedando totalmente desnuda y expuesta para él.

Quería que la penetrase, que la hiciese gritar, olvidar, desear...

Jason suspiró, mirándola con fiereza a los ojos, mientras la chica se sentaba a horcajadas sobre él. Había colocado su pene rozando su monte de Venus y, extasiada, se movía hacia delante y hacia detrás restregándolo contra ella mientras le besaba con pasión el lóbulo de la oreja y poco a poco ascendía hasta su cuello.

Jason pensó que perdía la cabeza cuando la joven introdujo la punta de su miembro en su humedad y poco a poco fue bajando hasta clavarlo por completo, justo antes de comenzar a balancearse con movimientos lentos y sensuales.

Cerró los ojos con las manos posadas sobre su cintura, sintiendo cada pequeña vibración que entremezclaba ambos cuerpos, enredándolos, extasiándolos.

Katie agarró las manos del irlandés y la llevó hasta sus senos, inclinándose sobre él para besarle.

Él continuaba con los ojos cerrados, gimiendo de placer mientras se dejaba hacer por ella. Los movimientos comenzaron a aumentar de ritmo mientras el calor ascendía y el sudor de ambos se mezclaba en aquel baile frenético de gemidos y placer.

El cuero del sofá, empapado, les hacía resbalar levemente por la superficie.

Katie se detuvo y Jason, prácticamente a punto de alcanzar el orgasmo, abrió los ojos sorprendido y algo desubicado. Mientras hacían el amor, sus pensamientos habían volado muy lejos hasta el día en el que Ari y él mantuvieron un caluroso encuentro en el cine de su padre. Con Katie no estaba siendo tan intenso, tan apasionado ni excitante, pero aún así le estaba gustando.

¿Quizás porque pensaba en Arianna?

Quería sacarla de su cabeza de una vez por otras, ¡pero no podía!

La joven, completamente embriagada por el encanto del sexy irlandés, se tumbó en el resbaladizo sofá. Jason la agarró de la cintura y giró su cuerpo hasta dejarla boca abajo, mientras ella soltaba una risita juguetona.

Después, entreabrió sus piernas con una mano, guió su pene hasta ella y la penetró de una estocada. Katie arqueó la espalda, elevándose de la superficie de la resbaladiza tela, y Jason colocó su peso con la palma de su mano sobre el cuerpo de la joven, obligándola a mantener aquella posición mientras él continuaba entrando y saliendo de ella con nerviosismo y rapidez, ansioso y dispuesto a coger lo que quería sin preguntar.

Apretó el ritmo, pensando en los cabellos castaños de su chica dorada, de su espalda desnuda, su trasero perfecto... Deleitándose en sus pensamientos con sus perfectos y grandes senos, botando sobre él, ansiosos porque atrapase sus pezones y los succionase...

Cuando sintió cómo el orgasmo lo atravesaba por completo, aumentó el ritmo aún más y gritó de placer sin detener sus movimientos hasta que los gemidos de ella también terminaron por mezclarse con los suyos.

Cuando abrió los ojos y se chocó con la sonrisa de la joven, sonrió sin poder ocultar un pequeño atisbo de decepción en el brillo de sus ojos.

Por mucho que lo deseara, aquella chica no era Arianna Townsend.

13

Era una sensación extraña y no tenía ninguna prueba de ello, pero Arianna Townsend estaba totalmente convencida de que alguien la espiaba.

De alguna manera, se sentía constantemente vigilada y no podía evitar la sensación de inseguridad que la rondaba constantemente.

Paseaba por los jardines de Manor House sintiéndose extrañamente intrusa. Aunque aquel había sido el escenario de la mayoría de los recuerdos de su más tierna infancia, no podía evitar sentir que algo estaba fuera de lugar. Que ella estaba fuera de lugar.

Observó al chófer nuevo detener el coche frente a la entrada principal. Sin dejar de caminar, revisó el reloj de su muñeca y supuso que había acudido a recoger a Rose para llevarla a la misa. Rose...

En realidad, no sabía muy bien cómo procesar que su hermana, repentinamente, se habría convertido en una mujer de Dios. Era evidente que su estado anímico había comenzado a mejorar, y de eso se alegraba muchísimo.

Observó a Rose cruzar el umbral y se sorprendió al comprobar que lucía una escueta sonrisa en el semblante; una sonrisa que en los últimos meses prácticamente nadie había logrado contemplar en ella. Inconscientemente, Ari

también sonrió.

Daba igual la opinión que ella tuviera de la iglesia; era evidente que la religión estaba salvando a su hermana pequeña en aquellos momentos tan difíciles para ella.

El coche abandonó el lugar con rapidez, dejando al descubierto la cristalera de la biblioteca. Sin quererlo, su mirada chocó con la de Steve Lowell, que se encontraba de pie junto a uno de los ventanales inspeccionando el exterior.

Mientras desviaba la mirada, el recuerdo de uno de los últimos encuentros que había tenido con él azotó su mente y Ari tuvo que reprimir la repulsión que sentía con tan sólo pensar en él.

En ese encuentro, Lowell irrumpió en su habitación sin siquiera llamar a la puerta.

Aunque no lo dijo, Arianna sospechó que de alguna manera se creía en el derecho de poder hacer lo que quisiera tanto como ella como por Manor House.

Al principio le invadió cierta ansiedad y temor; al fin y al cabo, había vivido en sus propias carnes junto a Rose lo que aquel impresentable era capaz de hacer. Era un monstruo, un animal que nunca sabías cómo podía llegar a reaccionar. Después, la valentía fue abriéndose paso. Dadas las circunstancias, ¿qué podía llegar a hacerla? ¿Violarla? ¿Pegarla? No podía arriesgarse a un escándalo así; no con ella.

En el fondo Lowell sabía el carácter que albergaba Arianna y que si la provocaba...

— Empiezo a cansarme de tus juegucitos — escupió desde el umbral de la puerta.

Ella no respondió, simplemente le sostuvo la mirada.

En realidad, tampoco terminaba de comprender a qué se refería.

— Empiezo a cansarme de ti, de tu hermanita, y del borracho de tu padre.

La ira chispeaba en sus ojos y Arianna no supo muy bien a dónde quería llegar; aunque tampoco le importaba lo más mínimo.

— Lárgate de mi habitación, Steve.

Él, rabioso, caminó al frente con rapidez.

Arianna retrocedió, impactada por la celeridad de sus repentinos movimientos. Al final, chocó con la pared y Steve adelantó otro paso hasta quedar frente a ella.

— No voy a irme a ninguna parte — amenazó, agarrando el brazo de Arianna para acercarla hasta él.

Ari procuró zafarse mientras sentía cómo las uñas de Lowell se clavaban en su piel dolorosamente. Estaba apretando, pero no pensaba permitir que el miedo se reflejase en su rostro, no.

— Y tú tampoco te irás — susurró, sin apartar la mirada de ella — . Vas a hacer exactamente lo que yo diga y cómo yo lo diga porque eres mi mujer. Porque te has casado conmigo y porque va llegando la hora de que cumplas con tus papeles, Arianna.

Estaba tan cerca de ella que podía oler su aliento.

Lowell acortó aún más la distancia y, en un gesto que a Arianna le repugnó, lamió su mejilla. Una sonrisa de gozo afloró en el semblante del hombre y la mediana de los Townsend no pudo evitar sacarle a Steve cierto parecido con Markus.

¿Por qué terminaba siempre rodeada de locos?

— ¡Suéltame ahora mismo, cabrón!

Tiró de su muñeca y logró zafarse, enfadando aún más a Steve Lowell con aquel gesto.

Gracias a la suerte divina, el sonido de unos pasos al otro lado de la puerta — que aún continuaba abierta de par en par — distrajo la atención de Lowell rompiendo la ansiedad que se respiraba en el instante.

Ambos guardaron silencio, contemplándose fijamente con la mirada hasta que los sonidos se extinguieron en algún lugar de Manor House.

— Todo lo que estás pisando es mío, Arianna — sentenció, mientras se giraba para abandonar la estancia — , no lo olvides.

Ari sacudió la cabeza, procurando obviar todos aquellos pensamientos y recuerdos que le torturaban.

Asqueada, se giró de golpe para evitar poder desviar la mirada hacia la cristalera en la que se encontraba Lowell y chocó de bruces con alguien, u algo, que logró desbocar completamente su palpitante corazón.

— Lo siento, señora Lowell — sonrió la muchacha — , no pretendía asustarla.

Arianna, aún controlando su respiración acelerada se llevó la mano al pecho y asintió, repasando con la mirada a la camarera. Era la misma con la que se había cruzado cada día en los pasillos de Manor House, la misma que había encontrado en el salón el día de la boda y la misma que le había dado la botella de alcohol a su hermana Grace.

¿Por qué la estaba siguiendo aquella chica? ¿Qué tenía contra ella?

Pensó por unos instantes que quizás todo aquello era obra de Steve Lowell, que había obligado al personal de su padre a vigilarla; aunque aquello tampoco tenía realmente sentido.

— Con permiso — musitó, abriéndose paso.

— ¡Eh! — llamó Ari, obligándola a retroceder.

Ella se detuvo y se giró, sonriente.

— ¿Por qué me estás siguiendo?

La muchacha se encogió de hombros.

— Discúlpeme, señora Lowell — respondió de inmediato — . No la perseguía, tan sólo me dirigía a las cocinas.

Arianna pudo ver la mentira y el engaño reflejado en su rostro.

Odiaba que la llamasen por el apellido de Steve — que ni siquiera había adoptado como suyo — , pero decidió no corregirla.

— Si me disculpa, tengo prisa.

La chica volvió a girarse, dispuesta a huir, y Arianna se adelantó tras ella.

— ¡Eh! — volvió a llamar, intentando llegar al fondo de aquel asunto de una manera u otra. Si era Steve quien había ordenado aquello, lo averiguaría.

La chica volvió a girarse por segunda vez con gesto hastiado.

— ¿Si, señora Lowell?

Arianna frunció una mueca malhumorada.

— Tu nombre — exigió.

La chica sonrió.

— Lucy, señora.

Y sin dejarle tiempo a replicar más, echó a caminar a un paso más ligero en dirección a las cocinas.

Arianna se quedó unos segundos más, pensativa, mientras aquel nombre calaba hondo en ella.

¿De qué le podía sonar?

Lucy... Lucy...

Inconscientemente, la imagen de su sexy y guapo irlandés golpeó su mente y el mensaje que tiempo atrás encontró en su teléfono móvil sacudió sus recuerdos; Lucy.

Lowell observó cómo su mujercita retrocedía hacia la protección de los muros de Manor House.

Las cosas cada vez estaban más complicadas y no podía evitar sentir que todo aquello se le escapaba de su control.

Había amenazado a Rose, a Arianna e incluso, a Franck. Pero las jodidas amenazas continuaban llegando, cada vez con menos frecuencia.

Estaba convencido de que aquellos papelitos no tenían nada que ver con Rose. ¡Joder, la había visto temblar de miedo!

Pero entonces... ¿Quién las enviaba?

Observó a Arianna acelerar el paso mientras ascendía las escaleras, evitando mirar hacia la cristalera en la que él se encontraba.

Miró hacia abajo, hacia la nota que aún continuaba depositada sobre la mesilla, y releyó.

Si la vuelves a tocar, pagarás.

Simple, directa, mordaz.

No lo tenía muy claro, pero le había dado un par de vueltas al asunto y había

llegado a la conclusión de que aquellas amenazas coincidían con el repentino encuentro espiritual de Rose.

Aunque sabía que ella no tenía nada que ver — de eso no tenía duda — , no descartaba que el párroco, tras escuchar la confesión de la muchacha, actuara por su cuenta.

¿Quién podía ser, sino?

De la manera que fuera, tenía que terminar con todo aquel asunto más pronto que tarde o Rose terminaría confesándose en la comisaría en vez de en la iglesia.

14

Markus observaba la televisión y por primera vez en mucho tiempo, sonreía.

Era una sonrisa plena, repleta y dichosa. De aquel que conoce un secreto muy importante, algo que nadie más que él sabe.

El sonido del carrito de la enfermera distrajo su atención borrando de un plumazo su sonrisa; era la hora de los calmantes.

Aquella tarde, por alguna extraña razón, había bastante más gente de la habitual en la sala común de televisión.

Pensó en escaquearse disimuladamente para evitar tomarlas aún, pero sabía que tarde o temprano tendría que pasar el mal rato y optó por hacer las cosas con corrección y mantenerse sentado.

Además, ahora que ya sabía cómo salir de aquel maldito y odioso lugar, lo último que debía hacer era llamar la atención de las enfermeras y los celadores.

— Markus, Markus... — sonrió la mujer.

El chico le devolvió la sonrisa, ocultando el odio que sentía hacia ella.

— Hoy no ha sido tan difícil encontrarte, ¿eh? — añadió, sonriente, mientras preparaba el vasito de agua de plástico y el botecito de calmantes que lograban tumbar a cualquiera.

Él mantuvo la sonrisa, se introdujo las pastillas en la boca y se las tragó con

ayuda del agua. Después, abrió la mandíbula, elevó la lengua y la sacó fuera para que la enfermera pudiera comprobar que había ingerido cada tranquilizante tal y como ella esperaba.

— Muy, muy bien... Así me gusta...

Le repugnaba que le trataran de aquella manera; como a un niño pequeño.

Asqueado, esperó hasta que la odiosa mujer del carrito desapareció de su campo de visión. Después se levantó con parsimonia y disimulo y abandonó la estancia hacia los lavabos.

— Puta zorra asquerosa... — escupió al entrar, pensando en ella.

Se acercó hasta el inodoro que ya tenía la tapa abierta y se arrodillo en el suelo. No necesitaba demasiado esfuerzo para vomitar, pues los repugnantes aseos de aquel lugar siempre se encontraban repletos de porquería y apestaban.

Se introdujo dos dedos en la boca y, aún sin tocar la campanilla, su estómago liberó todo lo que poseía en el retrete.

Markus observó con gesto de repugnancia el vómito amarillento que yacía ahí y decidió, mientras se levantaba del suelo con la mano pringada, que dejaría el regalito ahí para el próximo paciente. Total, él se había comido la mierda de otro.

Se acercó a los lavabos, se enjuagó la mano y regresó a la sala de espera.

Llevaba días sin procesar las pastillas y por primera vez desde hacía muchísimo se sentía en sus plenas facultades, con la mente limpia.

Ya estaba todo planeado y lo único que le quedaba era esperar. Esperar el momento, esperarla a ella.

Mientras contemplaba como uno más la pixelada imagen de la televisión, Markus recreó la imagen de la puerta de emergencia que había en el pasillo de la sección C14. La puerta de emergencia que la puta zorra de su enfermera

utilizaba para salir a echarse el pitillo cada día a las seis de la tarde y que abría con su tarjeta de pase.

El plan era sencillo; o le robaba la tarjeta de pase o la sorprendía y le jodía la hora del pitillo. No quedaban más opciones.

Cuando escuchó unos pasos nuevos provenir del fondo, se giró y su sonrisa no pudo sino ensancharse aún más.

Aquel jodido día tenía la suerte de su parte.

Grace Townsend se sentaba en uno de los sillones a contemplar la televisión, con la mirada perdida en algún punto de la pantalla.

El suizo se acercó a ella con disimulo y tocó su brazo. Sabía que ella no sabía nada de él, eso era evidente; así que comenzaría por presentarse.

Grace, sorprendida ante el contacto, se giró hacia él y Markus pudo comprobar que, en efecto, ella sí que había tomado las pastillas tranquilizantes cada día desde que había entrado al psiquiátrico.

Se preguntó, una vez más, porque la familia Townsend se había deshecho de su hija mayor de aquella triste manera, pero decidió que no le interesaba lo más mínimo.

Deseaba venganza, deseaba matar al puto mierda de Jason O'Brien, deseaba que a Arianna le quedase bien presente quién era él y qué estaba dispuesto a hacer por ella.

— Te llamas Grace Townsend, ¿verdad?

La chica asintió; estaba realmente drogada.

En realidad, ese pequeño detalle tampoco tenía mayor importancia.

Cuantas más pastillas llevara encima, más sencillo sería convencerla para que

actuara en contra de su voluntad.

— Me llamo Markus y soy el exnovio de Arianna.

Grace parpadeó, sin entender qué quería decir con aquello y qué sentido tenía que un exnovio de Arianna se encontrase en aquel lugar con ella.

— Estoy aquí para sacarte de este lugar — señaló.

Cuando la chica sonrió, Markus supo de inmediato que todo saldría tal y como lo tenía previsto.

15

Jason cargaba con los carteles bajo su hombro, enroscados en un rulo que minuto a minuto comenzaba a pesarle en exceso.

— Dame un segundo — suplicó, con una gota de sudor deslizándose por su frente.

Katie se detuvo y le observó, risueña.

— Eres un blando — atacó, divertida, mientras Jason dejaba el rulo de carteles en el suelo.

Él le devolvió una sonrisa de complicidad.

— ¿Por qué no ponemos uno aquí? — propuso, señalando una farola cercana.

Había un par de bares frente a ella y seguramente cualquier cliente que saliera de ellos se fijaría en el cartel — al menos eso esperaba él — .

Ella asintió y sacó el celo de su bolsillo mientras el chico desenroscaba uno de los papeles. Sujetándolo con ambas manos, colocó el poster sobre el metal y mantuvo las esquinas firmes para que Katie pudiera pegarlo con rapidez.

El día de la inauguración se acercaba y Jason no podía evitar estar nervioso. En realidad, se sentía tan nervioso como ilusionado y un palpito en su interior le decía que todo iba a salir bien; que podía hacerlo y que tarde o temprano tendría la suerte a su favor.

Además, no solo tendría a la suerte a su favor, sino a Katie.

Desde hacía varias semanas, la joven se había convertido en un fuerte punto de apoyo para él. Era, más o menos, el bastón en el que se sujetaba en aquellos instantes.

— ¡Venga, vamos! — animó, impaciente — . Aún nos quedan muchos por colocar.

Jason desvió la mirada hacia el rulo y supo que, en efecto, así era. Habían empapelado gran parte de Westbury, pero Katie se había encargado de imprimir tantísimos carteles que Jason sospechaba que terminarían empapelando el condado entero.

— Sigamos entonces — apoyó él.

Mientras caminaba, sentía algo parecido a la esperanza.

Se habían esforzado tanto en la reforma que el estreno de los cines tendría que salir bien sí o sí. Solo faltaban unos días para el gran momento, pero ya tenían todos los detalles ultimados en aquel instante.

Tras mantener largas discusiones con Katie, Jason había tomado la decisión de que para el gran estreno tiraría de todas las películas clásicas que siempre habían enamorado a la gente. Cobraría una entrada simbólica y regalaría un paquete de palomitas por cada unidad familiar que acudiera al estreno.

La joven dicharachera que caminaba unos pasos frente a él le había asegurado una y mil veces que todo saldría bien y que no tenía de qué preocuparse.

Jason la observó en silencio mientras continuaban carretera arriba. No era Arianna, no. Era Katie.

Y Katie le aceptaba tal y como era, confiaba en él y lo motivaba. Katie siempre tenía una sonrisa anclada en el rostro, una broma con la que hacerse reír y un buen desayuno para comenzar el día. Katie no era Arianna Townsend y jamás llegaría a tener por ella los mismos sentimientos, pero sabía que con el tiempo podría llegar a quererla. Sabía que con ella podía tener una buena vida; y en el fondo debía conformarse con ello.

Cuando Katie se marchaba, Jason quedaba sumido en una especie de tristeza. La chica no sólo le ayudaba y le daba confianza, sino que además le distraía y lograba que, por unas horas, Arianna desapareciera de su cabeza y sus recuerdos.

Pero en cuanto Katie no estaba, Arianna regresaba con su sonrisa, sus cabellos castaños cayendo en cascada y su mirada confusa.

Una hora después, ambos regresaban a los cines con una buena cantidad de carteles bajo el brazo. Había sido imposible colocar todos, pero se habían deshecho de una buena parte.

Además, Jason quería pegar unos cuantos en las puertas de las entradas y en el interior de los mismos cines — a modo de recuerdo y señal de buena suerte — .

Tenía que admitir que Katie era una verdadera artista y que aquel diseño le había quedado a la perfección.

Ambos se sentaron en el suelo, observando la máquina nueva de palomitas que comenzaba a hacer saltar el maíz inundando con su sonido y su aroma la estancia.

— ¿Nervioso?

Jason asintió en silencio.

— ¿Hambriento? — bromeó.

El chico volvió a asentir, sonriente.

Katie se arrastró lentamente hasta sentarse sobre su regazo y Jason la rodeó con ambos brazos.

— No tienes por qué estar nervioso. Yo sé muy bien lo que se hace...

— ¿Ah sí? — preguntó él, divertido.

La chica asintió con firmeza.

— Lo hicimos bien al principio pero después todo se fue a pique. Sé que si cuidas de esto — dijo, golpeando el suelo — , todo te irá genial.

Él la estrechó con más fuerza entre sus brazos, justo antes de besar su nuca.

La relación entre ambos cada día se hacía más fuerte y Katie no podía evitar sentir mariposas en su estómago cuando se encontraba cerca de él.

Estaba ilusionada, aunque en el fondo se obligaba a controlar el torbellino de emociones y sentimientos que la apaleaban cuando el nombre de Jason sonaba en su cabeza.

Al fin y al cabo, las cosas podían salir mal y con aquellos roles ella sería la única en salir perdiendo.

No sólo había encontrado a un buen hombre al que querer, si no que, además, ese buen hombre era el propietario de los cines de su familia.

Si aquella relación funcionaba... ¡Oh, Dios! Ni siquiera quería pensar en ello.

Acarició su brazo en silencio con la yema de su dedo índice y Jason la respondió con otro beso en la nuca. Él era perfecto, realmente perfecto, aunque tenía

alguna que otra tara.

Katie no se consideraba una chica estúpida, más bien lo contrario. Desde que era niña, siempre se le había dado muy bien calar a las personas y sabía que Jason estaba allí escapando de algo. Aunque sentía curiosidad por ahondar en su vida, él aún no le había contado nada de su pasado y ella había tomado la decisión de permitirle su tiempo para ganar la confianza necesaria.

Un pitido anunció que las palomitas estaban listas y Katie saltó del regazo del irlandés para coger un cuenco. Sin esperarle, se llevó una a la boca y se relamió los labios.

— Realmente buena.

El chico se levantó, se acercó a ella y cogió otra palomita del cuenco que sostenía.

La saboreó y asintió, justo antes de rodear con el brazo la cadera de la chica y acercar su cuerpo al de él.

— Tú sí que estás realmente buena — respondió con seriedad.

Las risas de Katie fueron acalladas por un húmedo beso y el cuenco de palomitas terminó desparramándose en los pies de la pareja.

Katie no quería ilusionarse pero ya era tarde.

Estaba ilusionada.

16

Las comidas familiares se habían convertido tediosas, tensas, insoportables.

Aún así, tanto el borracho de Franck, como Viviane y sus hijas acudían cada mediodía al comedor y soportaban la presencia del nuevo dueño de Manor House.

Cada día, Steve Lowell se esforzaba por dejar en evidencia el poder que poseía sobre cada miembro de la familia Townsend y aquel día no había sido diferente.

— Eres un borracho, Franck — atacó con la boca llena de carne, mientras masticaba — un puñetero borracho que había perdido todas sus propiedades y que ahora se está dedicando a cargarse los negocios que le quedan.

Rose, Arianna y Viviane se quedaron en silencio.

No deseaban nada más que ver a su padre alzarse de su silla y silenciar a aquel impresentable, pero sabían que aquello no podía suceder.

Por irrisorio que resultase, Lowell tenía razón y Franck no era más que un borracho incapaz de mantenerse en pie.

— Sin hablar de tu carrera política que, a estas alturas, ya puedes darla por perdida.

A todas las mujeres Townsend que se encontraban presentes les hervía la sangre mientras escuchaban a Lowell zarandear la dignidad del que, hasta hacía poco, había sido el cabeza de familia.

Un camarero entró en la estancia con el teléfono de Franck Townsend en la mano y se acercó, sigilosamente, hasta su señor.

Ninguno de los presentes escuchó aquello que el hombre le decía en la oreja, ni siquiera el propio Franck que, en su estado, no podía asimilar nada de lo que sucedía.

Viviane contempló a Steve Lowell y supo que, si no intervenía en el acto, aquel hombre no solo pasaría por encima a su marido, sino a toda la familia.

— Déjeme atender la llamada — pidió la mujer, haciéndole un gesto al lacayo.

El muchacho se acercó hasta su señora y susurró.

— Es una llamada del centro...

— Gracias, Leonard — cortó Viviane, mientras le indicaba al chico con un gesto de la mano que podía retirarse.

Arianna miró a su madre y supo que, fuese quien fuera la persona que se encontraba al otro lado de la línea, no traía buenas noticias para la familia Townsend.

Sintió cómo el calor comenzaba a elevarse por su cuerpo y la ansiedad aprisionaba sus pulmones, obligándola a respirar con dificultad.

— ¿Diga? — preguntó Viviane.

Todos los presentes guardaron silencio, impacientes por descubrir la identidad del interlocutor de la mujer.

— Gracias por avisarnos — musitó, prácticamente sin voz unos minutos

después.

Algo iba mal, Ari podía sentirlo.

Cuando Viviane dejó el teléfono sobre la mesa, se giró hacia sus hijas y, sin importarle la presencia de Lowell, anunció.

— Grace se ha escapado del centro — murmuró.

No se molestó en comunicárselo a Franck porque, seguramente, en unas horas no lo recordaría.

— ¡No puede ser! — exclamó Rose — ¿Se ha escapado?

Viviane asintió.

— ¿Y cómo lo han permitido? — inquirió Rose, consternada — . ¿Y a dónde va a ir si no tiene nada?

Su madre sacudió la cabeza y se giró hacia Arianna. Le pareció que estaba bastante afectada; se la veía pálida y había comenzado a hiperventilar.

Se pensó dos veces si debía de dar la noticia completa o si, al contrario, debía guardarse la información para ella.

Al final, muy a su pesar, decidió que su hija tenía derecho a conocer la verdad.

— Markus... se ha escapado con ella.

A aquellas alturas, Ari prácticamente no podía ni respirar.

Se estaba mareando...

— ¿Cómo que Markus se ha escapado con... ella? — repitió, incrédula.

Viviane no sabía cómo había podido suceder, pero Markus no había terminado en prisión si no en el mismo psiquiátrico que Rose.

Ninguno de los presentes había conocido aquel dato y la policía, por descontado,

no se había molestado en comunicárselo a nadie de la familia.

La mujer alargó la mano para tocar el brazo de su hija en señal de apoyo. Se sorprendió de lo fría que estaba y de su mal aspecto.

— No te preocupes, Ari — la tranquilizó — , no tardarán demasiado en dar con ellos.

La mediana de los Townsend asintió, mareada y con mil pensamientos en la cabeza.

¿Grace conocía la verdadera identidad de Markus? ¿Sabía lo que había hecho? ¿Estaría Grace a salvo con él? ¿La había secuestrado? ¿Se habían confabulado?

Tenía demasiadas preguntas en su cabeza y muy pocas respuestas.

— Ari, ¿estás bien? — preguntó Rose, preocupada.

Lowell observaba la escena aunque no intervenía en ella; expectante, intentaba encontrar la posición de cada pieza con las manos cruzadas sobre la gran mesa del comedor.

Su hermana asintió con la cabeza, silenciosamente, justo antes de derrumbarse en el suelo.

Todos los presentes se levantaron de un salto, consternados. Viviane gritaba a todo pulmón que llamaran a una ambulancia, Franck intentaba comprender qué era lo que sucedía con su hija y Rose, consternada, intentaba encontrarle el pulso a Arianna para asegurarse de que tan sólo se trataba de un desmayo condicionado por las impactantes noticias que había recibido.

Lowell, inmóvil, se quedó estupefacto observando a su mujer con los ojos desorbitados.

— Ella... Ella... — tartamudeó, conmocionado.

— ¡¡¡Llama a una ambulancia, Steve!!!

17

La lluvia golpeaba con impaciencia la luna delantera del vehículo sin concederles una pequeña tregua a los limpiaparabrisas.

Jason conducía angustiado, sintiéndose estúpido y rabioso por su comportamiento y por todo lo que había sucedido.

Una parte de él le decía que detuviese en el acto el vehículo y diera la vuelta; que se estaba comportando de una manera estúpida e inmadura. Pero la otra parte le decía que si no iba, se arrepentiría el resto de su vida de no haberlo hecho.

En realidad, lo que más le había dolido de todo, habían sido los ojos empañados de Katie escrutándole con rencor y decepción.

Sabía que, muy probablemente, ella no volvería a dirigirle la palabra después de aquello.

No solo estaba decepcionándose a sí mismo, también había decepcionado a Katie.

— ¿Es por ella, no? — preguntó con los ojos empañados, a tan solo un paso del llanto — ¿Ella es la mujer que en realidad amas?

Jason carraspeó.

— No sé de qué me estás hablando... Trabajé para esa familia mucho tiempo y creo que me estaría equivocando si no acudo — mintió con dolor.

— ¿Y la inauguración, Jason? ¿Y todo por lo que tanto hemos trabajado estos meses?

El irlandés no pasó por alto el plural: todo por lo que tanto *hemos* trabajado estos meses.

Tenía razón, ella también se había esforzado e ilusionado con la reforma. Sabía que estaba actuando incorrectamente, pero no podía evitarlo... No.

Simplemente, no podía.

Apresurado, recogió la cazadora del perchero y se encaminó hacia la puerta. Necesitaba salir de allí cuanto antes si no quería que la discusión se desmadrara aún más.

— Jason, espera — suplicó, caminando tras él.

Le dolía verla de aquella manera; le dolía mucho.

Katie, la chica que nunca perdía la sonrisa y las bromas, hecha un mar de lágrimas suplicando que no la decepcionara. Que no echase todo a perder.

El chico se detuvo, pero no se giró para mirarla. Ella le alcanzó y le rodeó con el periódico en alto, plantándolo de nuevo frente a él.

“Una vez más, la tragedia alcanza la familia Townsend y a Manor House”, rezaba el titular.

Katie apartó el periódico y lo escrutó.

— ¿Aún... la quieres? — tartamudeó con el labio tembloroso.

Jason acarició su mejilla y negó.

— Te prometo que volveré lo antes posible, Katie.

Un charco sobre la pintura delineante obligó al vehículo que pilotaba a derrapar y se obligó a olvidar la discusión y a centrar todos sus sentidos en la carretera. Aún así, conducía distraído sin poder evitar preguntarse si llegaría tarde, si Arianna ya estaría muerta para cuando él alcanzase el hospital.

“¿Quién había podido envenenarla?”, se preguntó, recordándose a sí mismo que Markus se encontraba entre rejas y que así seguiría durante muchísimos años más.

Jason no fue consciente de que, en el carril contrario, se había cruzado con una asustada y temblorosa Lucy que huía de Manor House, Castle Combe y de todo lo que rodeaba a la familia Townsend tras el interrogatorio al que le había sometido la policía. Lucy tenía miedo, mucho miedo.

Cuando el irlandés llegó al hospital, se quedó helado en el asiento del vehículo contemplando la escena que estaba teniendo lugar en la entrada.

Franck Townsend, en un pésimo estado, respondía preguntas de la prensa bajo la protección del paraguas que sostenía su chófer.

Jason decidió esperar a que su antiguo jefe se marchase y, aún con los limpiaparabrisas funcionando a toda mecha, se quedó allí sentado contemplando la escena. Aún con la ventana del vehículo abierta y la cercanía a la que se encontraba, la lluvia y el sonido de los limpiaparabrisas le impedían escuchar las respuestas completas del gangoso Franck, pero estaba seguro de haber escuchado una frase: *“la boda ha sido un error, un tremendo error”*.

Impaciente y muy nervioso, aguardó lo necesario hasta que la entrada del centro se despejó por completo antes de abandonar el vehículo.

Una enfermera le indicó el pasillo y el número de habitación en el que se encontraba Ari y, mientras caminaba hacia allí, sintiendo cómo su cuerpo entero se convertía en plomo. Cada paso que daba le suponía un reto. Un gigantesco reto.

¿Cuánto tiempo llevaban sin verse? ¿Sin hablar? ¿Cómo reaccionaría Arianna al verle entrar?

Se plantó frente a la puerta y la escrutó de arriba abajo, como si pudiera leer en la pintura blanquecina que la cubría qué era lo que le aguardaba en el interior. Tembloroso e inseguro, tiró del picaporte y la abrió con lentitud.

Sus ojos chocaron con los de ella. En un primer momento, obvió el cable de oxígeno que salía de su nariz, las vías de su brazo, el camisón blanco de hospital, el cabello despeinado tan impropio de ella, el color pálido de su piel o la expresión de cansancio que reflejaba su rostro.

En un primer momento tan sólo vio a la chica que amaba allí, con los ojos vivos, encendidos, contemplándole con el mismo asombro con el que él la contemplaba a ella.

— ¿Qué... Qué haces aquí? — preguntó en voz baja y débil.

Jason ni siquiera podía responderle.

Su voz sonaba tan delicada... Unas horas atrás, jamás hubiera imaginado que la volvería a escuchar en su vida.

— No — cortó Viviane, alzándose de golpe de la butaca que había junto a la camilla de su hija — , no te preocupes, Arianna.

La chica dorada miró a su madre.

— Mamá...

— Todo está bien, de verdad — susurró, acariciándole el pelo — . Jason puede quedarse todo el tiempo que quiera.

El irlandés miró a la mujer con estupefacción.

No entendía nada en absoluto, pero era evidente que en muy poco tiempo, las cosas habían cambiado demasiado.

Viviane caminó hacia él con gesto derrotado mientras pensaba que en aquel instante, la vida le había propinado una buena lección de humildad que jamás en lo que le restaba de vida olvidaría.

Apoyó la mano sobre el hombro del muchacho y lo miró a los ojos con un remolino de culpabilidad revoloteándole en el estómago.

— Os dejaré a solas — susurró, antes de abandonar la estancia.

Jason, simplemente, guardó silencio y examinó a la mujer que jamás había logrado olvidar.

En ese instante, no muy lejos del hospital, Rose Mary Townsend caminaba bajo la lluvia con un dolor martilleante golpeándole las sienes.

Con el tiempo, la vida le había mostrado que cada decisión que uno mismo tomaba traía consigo un cúmulo de consecuencias. Acción, reacción. Las cosas eran simples y llanas. No existían las buenas ni las malas decisiones; pero sí existían las buenas y las malas consecuencias.

Se detuvo bajo el resguardillo de la entrada y contempló el ajetreo que albergaba la comisaría en aquel instante.

Rose Mary Townsend había tomado una decisión, aunque no podía ni siquiera llegar a imaginar cuáles serían las consecuencias de la misma.

18

Ninguno de los dos se atrevía a decir nada.

En realidad, ¿quién debía dar explicaciones a quién? Arianna no le había buscado. Jason tampoco había regresado a ella.

— Tu padre no me dejó más opciones. Apareció un hombre en el hospital y me amenazó... Me pagaron dinero para que me alejase de ti y no regresase.

Su explicación no sonaba coherente; escuchándose a sí mismo, Jason pensó que sonaba tan ridículo como había creído que sonaría.

— No importa... — susurró ella, conmovida.

En muy poco tiempo, todo había cambiado demasiado.

En realidad, a esas alturas, a Arianna no le importaba en absoluto perder Manor House. El tiempo había transcurrido mostrándole el verdadero rostro de aquellos que la rodeaban y sabía que, después de todo, nada de lo que había ocurrido tenía sentido.

Si Jason se quedaba allí, junto a ella, asumiría las consecuencias.

Manor House dejaría de pertenecer a su familia, pero dudaba que su padre pudiera coaccionarla más — y menos en aquel estado — . Las cosas eran mucho

más graves de lo que aparentaban ser: alguien la había intentado asesinar. Su hermana había sufrido una violación.

Su familia entera estaba pasando por una crisis aún mayor que la de perder su hogar.

Sin terminar de acostumbrarse a la presencia de su sexy irlandés, Ari se echó a un lado de la cama y le indicó con la mirada que se acercase.

Él obedeció y se sentó a su lado mientras sentía cómo su corazón se desbocaba.

Había soñado tanto con aquel instante, con aquel momento...

Aspiró el aroma de la chica Townsend y se permitió abrazarla en silencio y, simplemente, disfrutar de su compañía.

Por primera vez desde hacía muchísimo tiempo Jason O'Brien se sentía dichoso y pleno en la vida, aunque las circunstancias no fueran las idílicas.

Al día siguiente los Cines Lunático se inaugurarían y sabía que, en aquella plena felicidad, debía encontrar un pequeño instante para pensar en su futuro con seriedad. ¿Sería junto a la mujer que en realidad amaba? ¿Regresaría para inaugurar las salas? ¿Debía alejarse de ella antes de que la situación se complicase más?

Por mucho que su cabeza le gritase que debía abandonar aquel lugar, su corazón se lo impedía.

Notó el contacto de la fría mano de Ari entrelazando sus dedos con los de él. Apoyó la cabeza sobre su hombro y Jason agachó la mirada para observarla. Estaba tan bonita como siempre, pero la veía mucho más indefensa e inocente.

— ¿Vas a marcharte? — preguntó con la cabeza gacha, incapaz de mirarle a los ojos.

Jason no dudó en responder.

— Si tú no me echas, yo no me iré.

Después de aquello, el silencio inundó la habitación y ambos se quedaron en silencio, disfrutando de aquel pequeño momento en el que nada parecía que pudiera salir mal.

Poco después Viviane irrumpió en la habitación.

Jason abandonó su lugar junto a la cama y se deslizó hacia otra de las butacas, intentando no empeorar la incomodidad que se había formado en el ambiente.

Viviane no puso objeción en que el chófer se quedara en la habitación, cosa que Arianna agradeció profundamente aún sabiendo que, si de su padre se hubiera tratado, su actuación hubiese sido totalmente diferente.

Unas horas más tarde, cuando el aspecto de la mediana de los Townsend había mejorado proporcionalmente a la medicación recibida, la policía entró con nuevas buenas en el pequeño habitáculo.

— Esperemos que se encuentre mejor, señora Lowell.

Jason sintió una punzada de dolor al escuchar cómo se dirigían a ella.

— En realidad, mi hija mantiene su apellido de soltera — corrigió Viviane, antes de que Arianna pudiera hacerlo.

El oficial se disculpó levemente y tomó asiento en otra de las butacas, dispuesto a resumir los avances de la investigación.

A pesar de los escándalos, los Townsend continuaban siendo la familia de más importancia que vivía en Castle Combe y aquel caso tenía prioridad total.

— Después de varios acontecimientos, nuestra búsqueda de un principal sospechoso nos conduce hacia la empleada del hogar de la que nos habló.

— ¿La empleada del hogar? — repitió Jason, confuso.

¿Quién podía intentar dañar a Arianna en Manor House?

— Lamentablemente, tras ser interrogada, la señorita ha desaparecido y ahora mismo se encuentra en paradero desconocido y en búsqueda por las autoridades.

Jason miró a Arianna, intentando comprender sobre quién estaban hablando.

— Lucy — señaló ella.

El chófer negó rotundamente.

— ¿Por qué iba Lucy ha...?

Pero dejó la pregunta en el aire.

Sin poder procesar la información que acababa de recibir, guardó silencio y le permitió al policía continuar.

— Además, Markus continúa siendo un posible sospechoso y no descartamos que su hermana, Grace, pudiera estar involucrada.

Viviane soltó un grito de espanto que ahogó llevándose las manos a la boca.

Jason volvió a mirar a la chica Townsend sin comprender nada. ¿Markus? ¿No estaba en la cárcel? ¿Y cómo podía llegar a estar involucrada Grace en todo aquel asunto?

— Es imposible que mi hija... — comenzó Viviane, anonadada.

— En la mayoría de los casos como éste el crimen siempre es cometido por un familiar rencoroso — achacó el oficial.

Viviane negó, incrédula.

— ¡Están equivocados! ¡Están perdiendo el tiempo en absurdecos! ¡Grace es su hermana y jamás...!

El teléfono móvil del oficial comenzó a resonar interrumpiendo las quejas de la preocupada madre.

Todos los presentes guardaron silencio, un poco consternados por la situación y las últimas novedades. En especial Jason, que no lograba comprender nada de lo que sucedía.

Aún así, alargó su brazo y agarró la mano de Arianna en señal de apoyo, que ella aceptó con una sonrisa.

Cuando el oficial colgó, su rostro parecía totalmente descompuesto.

— ¿Qué ocurre, oficial? — inquirió Viviane, que a esas alturas podía llegar a imaginarse cualquier pesadilla posible.

El hombre carraspeó y se dirigió a la paciente.

— Señora Townsend, tengo malas noticias para usted... — anunció, descolocado — . Su marido ha sido detenido hace menos de una hora.

Arianna parpadeó varias veces; en ese momento se sentía tan confusa como Jason. ¿Steve Lowell la había envenenado? ¿Por qué razón habría hecho algo así?

— Por favor, Viviane — musitó el hombre con voz calmada — , tome asiento. Esto que voy a contarles podría llegar a ser impactante para usted.

Confusa, la madre de Arianna obedeció.

— Steve Lowell ha confesado la violación de Rose Mary Townsend.

El aullido de espanto, doloroso y desgarrador de Viviane inundó la habitación completa.

19

Arianna dormía, gracias a los calmantes que los médicos le habían suministrado.

Jason no se había movido un solo instante de su lado y, mientras ella soñaba, él había intentado comprender y atar los cabos de todos los últimos sucesos.

Para empezar, Steve Lowell había abusado sexualmente de Rose y, tras la denuncia de ella misma, éste había confesado el crimen. En cambio, se negaba a admitir que él hubiera envenenado a Arianna y había denunciado unas amenazas contra su persona; amenazas que Viviane había enviado para intentar proteger a su hija mediana de aquel demonio tras escuchar varias discusiones entre ellos.

A todo eso, había que sumar la presencia acosadora de Lucy a lo largo de los últimos meses. Además, después de ser interrogada, había abandonado su hogar llevándose consigo la mayoría de sus pertenencias.

Por último, Markus...

Lo pensó detenidamente varios minutos y comprendió que cualquiera de los sospechosos podía haberlo hecho. El veneno era el arma de los cobardes, de aquellos que no iban directamente a la cara y decidían actuar de una manera vil, a las espaldas.

Miró a Ari, que dormía plácidamente ajena a todo lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Viviane hacía tiempo que se había marchado de la habitación, totalmente abatida, para acudir al consuelo de su hija pequeña.

Además, después de todo, Franck se había derrumbado ante la prensa confesando ciertos secretos que, en un estado menos ebrio, habría mantenido ocultos bajo llave. Tanto sus negocios como su carrera política habían quedado destruidos en el acto.

Jason siempre había creído que, llegado el momento, se alegraría de las desgracias y de la caída del poder de la familia Townsend; pero en realidad sentía lástima por ellos.

No solo había visto el dolor en Arianna, sino también en Viviane y en Rose.

El hospital se alzaba impetuoso bajo los efectos de la medicación.

Poco a poco Grace comenzaba a espabilar, pero todavía se encontraba en un estado taciturno y sabía que sin la ayuda de Markus, jamás hubiera escapado de la institución.

— Tsssssssssch — chisteó Markus, dos metros por delante de ella.

La joven aceleró el paso, procurando no perderle.

A su parecer, caminaba demasiado rápido. O quizás fuera ella la que caminaba realmente despacio.

Corrió hasta él y lo alcanzó en la puerta del hospital. Tampoco entendía qué hacían en un hospital ni a dónde se dirigía Markus.

Porque estaban en un hospital, ¿no?

Al principio, todas esas cuestiones le habían sido indiferentes, pero cuanto más

despejada se sentía, más se preguntaba qué era lo que pretendía aquel chico.

Cruzaron el hall.

Grace no podía evitar sentirse extraña, como si alguien se encontrara vigilándoles. ¿Quizás eran paranoias suyas? ¿Quizás sentía eso porque, literalmente, era una fugitiva? Además, la recepcionista de información se había quedado mirándoles con un gesto extraño que no le había agradado en absoluto.

Markus agarró a la muchacha de la mano, tirando de ella para introducirla en uno de los cuartuchos de material.

— ¿Qué haces? — preguntó, molesta por el comportamiento de aquel chico.

En realidad, ni siquiera le conocía. ¿Por qué continuaba persiguiéndole?

Él no se molestó en responder; continuó trasteando entre las cajas de cartón en busca de objetos que pudieran resultar de su interés.

— ¿Qué hacemos aquí? — preguntó de nuevo.

Se quería marchar, pero no se veía capaz de deambular sin rumbo por sí misma. Desde su perspectiva, todo parecía demasiado confuso y borroso.

Markus tiró de su brazo, arrastrándola una vez más al exterior.

Aunque Grace no sabía hacia dónde se dirigían, parecía que él se desenvolvía con la suficiente soltura como para permitirse despreocuparse y, simplemente, continuar siguiéndole. En algún momento terminaría de volverse nítido aquello que la rodeaba, ¿no? Y entonces continuaría el camino por sí misma.

Caminaron unos minutos más y después, sin previo aviso, se introdujeron en una de las habitaciones.

Grace se sentía tan desorientada que no podía entender qué era lo que sucedía, pero pudo escuchar los gritos de un hombre amenazándoles. Agudizó la vista, intentando calmar su mareo y entender qué era lo que sucedía... Se sentía tan

cansada, que cada esfuerzo suponía un verdadero logro.

Vio al hombre levantarse, amenazante, y tirarse contra Markus. Les estaban atacando; quizás eran los guardias de seguridad del psiquiátrico.

¿Habían vuelto al psiquiátrico? ¿Dónde estaban?

Le pareció escuchar una voz femenina, muchos gritos.

— ¡Eh! — gritó, nerviosa.

No entendía qué sucedía.

Se giró, dubitativa, y le pareció escuchar la voz de Arianna.

— ¡Grace, Grace!

Gritaba su nombre.

Estaba segura de que la presencia del fondo, aquella chica, era ella. Era Arianna.

¿Dónde estaban? ¿Entonces no estaban en el psiquiátrico?

Markus y su atacante se acercaron más a ella. Uno de los dos estaba en el suelo, aunque no podía diferenciar quién era quién. La ansiedad y la presión de la situación la estaban desbordando de tal manera, que sentía que de un momento a otro terminaría desmayándose allí mismo.

Escuchó más gritos, más golpes, y entonces lo vio con claridad: el atacante de Markus tenía un cuchillo.

¡Iba a matarlo!

¿Cómo saldría de aquel lugar si Markus moría?

Entonces se dio cuenta de que ella también estaba gritando a pleno pulmón.

La puerta de la habitación se abrió de par en par y la gente comenzó a pasar. Más gritos.

Más histeria.

Más confusión.

No podía permitirse perder a Markus. Tenía que recuperarlo o jamás saldría de allí.

Arianna no entendía muy bien qué era lo que le sucedía a su hermana, pero cuando la vio interponerse entre Markus y Jason, sintió cómo su corazón se detuvo aquellos interminables segundos. Grace, frente a Markus, había sido lo único que se había interpuesto entre el bisturí y Jason.

Vio a varios hombres de seguridad inmovilizando a Markus y después observó cómo Grace se desplomaba en los pies de su cama, hecha un ovillo, llena de sangre. Un grupo de enfermeras, junto a Jason, había acudido en su rescate... Pero ya era tarde. Las heridas habían sido mortales, irreparables.

Grace Townsend dejó de respirar en el acto.

20

No hay decisiones buenas, ni decisiones malas.
Simplemente existen las consecuencias.

Junto a Manor House, los Townsend también perdieron a sus tres hijas.

Grace falleció de aquella horrible manera; sin comprender qué sucedía ni dónde se encontraba. Al menos, no sufrió.

Rose decidió quedarse en el convento, donde nadie jamás la volvió a juzgar y donde nunca más necesitó engañar, mentir, ocultar.

Arianna desapareció junto a Jason; y aunque Viviane lamentaba profundamente haberse tenido que separar de ambas, se alegró de que sus hijas al fin hubieran encontrado un camino a seguir hacia la felicidad.

Steve Lowell jamás confesó el intento de homicidio, aunque la policía forense encontró el veneno utilizado en su habitación. Como no tenía sentido que hubiera intentado envenenar a su mujer, la hipótesis que se formuló fue que aquel intento fallido lo había dirigido hacia Rose con intención de acallarla, pero que por confusión, había terminado en el plato de Arianna.

Jamás llegaron a saber a ciencia cierta qué ocurrió, pues Lucy tampoco llegó a aparecer por muchas búsquedas que se realizaron.

Mientras el aire frío y otoñal refrescaba su rostro, Arianna pensó en todo lo que dejaba atrás y supo que jamás se arrepentiría de la decisión que estaba tomando en aquel instante. Es más, supo que la consecuencia que tendría, por mucho que las cosas no fueran tal y como ella esperaba, jamás sería negativa.

Apretó la mano de Jason, que se encontraba en la palanca de cambio, y respiró la libertad que le proporcionaba la carretera abierta y libre mientras abandonaban Westbury y se alejaban de lo que ambos alguna vez habían conocido como un hogar.

— Señora O'Brien — sonrió Jason, escrutándola por el rabillo del ojo — . ¿Se encuentra usted bien?

Jamás volverían a atarla y jamás volvería a ser presa de un apellido.

Ella asintió, devolviéndole la sonrisa.

Había sido doloroso conocer a Katie. Saber que aquella mujer había sido capaz de ayudar, querer y amar a Jason como ella no había sabido hacer en un principio pero, aún con ese dolor, se alegraba de haberla visto, de haberla puesto un rostro en sus recuerdos.

Petter y Katie habían recuperado lo que les correspondía; los “Cines Lunático”. Al fin y al cabo, Jason los había comprado con el dinero de un soborno y con la esperanza de salir adelante en la vida.

Ahora tenían algo más que la esperanza: tenían una vida por delante para comenzar de cero en algún lugar muy lejano, donde nada ni nadie pudiera encontrarles.

FIN

Conclusión

Por último...

¡Gracias a ti, lector, por haber descargado y leído mi libro!

Estaré encantado de leer tu opinión en Amazon, así que no te olvides de escribirla.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre sus novelas!

OTROS TITULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

TRILOGÍA “SECRETOS, SECRETOS 2 Y SECRETOS 3”

A falta de unos días para dar el “sí, quiero”, Julia decide mandar todo a paseo y comenzar una vida de cero. Para hacerlo, toma la decisión de disfrutar en solitario del viaje que tenía programado para la luna de miel, sin saber lo que encontrará en éste.

En pleno Caribe, conocerá a Elías Castro, un poderoso empresario que tiene todo lo que quiere en el momento en el que lo pide. Ambos comenzarán un apasionante romance rodeados de los más exquisitos lujos.

Julia no tardará demasiado en enamorarse del irresistible Elías, pero también descubrirá que no todo es lo que parece.

Las mentiras y los secretos comenzarán a estar presentes en el día a día de la pareja hasta que Julia, hastiada de mantenerse al margen y de desconocer la verdadera vida de su pareja, decidirá marcharse y abandonarle para regresar a Madrid, su ciudad.

Pero Elías ha encontrado al amor de su vida y no piensa dejarlo escapar tan fácilmente. Regresará en busca de Julia y encontrará en Madrid un sinfín de peligros de los que no podrá protegerse. Fuera de México, no tiene poder ni contactos para mantener a Julia bajo protección, así que no les quedará más remedio que regresar.

Julia, guiada por el amor ciego que siente por Elías, decide obviar todos los riesgos que ha sufrido y regresar a México bajo la promesa de que, nada más llegar, la hará partícipe de los secretos que han rodeado

su relación.

¿Podrá soportar la verdad? ¿Le contará Elías todo lo que tanto ha luchado por mantener oculto? ¿Se acabarán las mentiras entre ellos? Y..., lo más importante, ¿estarán por fin a salvo de los sicarios que les persiguen?

NOSOTRAS (JUNIO 2017)

Aurora conoció a Hugo cuando solo era una cría que no buscaba el amor. A sus veinte años de edad, no sabía lo que quería ni se le pasaba por la cabeza consolidar una relación.

Pero el tiempo fue pasando, año tras año, y el amor entre los dos continuaba estando presente... Lo que ninguno de los dos esperaba era que el pasado intercediera en su futuro.

¿Cómo sobrevive un amor de verano al paso de los años y a la inmadurez de la juventud?

¿Qué ocurre si, cuando has conseguido que todo se estabilice, tu mundo se derrumba sin control? ¿Si, repentinamente, desaparece todo aquello por lo que tantos años has luchado?

« Aunque nada parecía fácil, una cosa tenía clara: jamás tendría que superar las dificultades en solitario gracias a sus dos amigas.»

ESCRIBIÉNDOLE UN VERANO A SOFÍA (MAYO 2017)

Alex y Sofía solo tienen una cosa en común: ninguno de los dos cree en el amor.

Sofía es una joven alocada que busca vivir la vida, salir adelante con pequeños trabajos que le proporcionen lo justo y necesario y, sobre todo, disfrutar. Piensa que la vida es demasiado corta como para ser desperdiciada...

Alex hace un año que se ha divorciado y siente que ha perdido todo lo que tenía. Sin saber cómo continuar, centra todos sus esfuerzos en rescatar su carrera como escritor, sin éxito...

Descubre en estas páginas lo que el destino les deparará mientras Sofía te enamora y Alex te escribe un verano que, te aseguro, jamás podrás olvidar.

MI ÚLTIMO RECUERDO (MAYO 2017)

«Después de tantos años de matrimonio, la relación entre Robert y Sarah ha comenzado a enfriarse. Ninguno de los dos parece ser feliz ni estar dispuesto a sacrificarse por el otro. Una noche de tormenta la pareja sufre un terrible accidente de coche en el que Sarah pierde todos sus recuerdos excepto uno. El último recuerdo antes del choque. Tras el suceso, Robert comprenderá qué es lo que realmente importa en la vida y decidirá luchar por la mujer que ama, aquella a la que había jurado un “para siempre” catorce años atrás.

¿Estará Sarah dispuesta a perdonar todo, a volver atrás? ¿Conseguirá Robert volverla a enamorar?»

BESOS DE CARMÍN (ABRIL 2017)

Paula solo buscaba un trabajo para mantenerse ocupada el verano y desconectar de los problemas familiares que la rodeaban, pero no esperaba encontrar a Daniel. Sin quererlo, terminará perdidamente enamorada de él; un hombre casado que le dobla la edad y que lleva una vida tranquila y familiar con su mujer. ¿Luchará Paula por sus sentimientos? ¿Abandonará Daniel todo lo que tiene por ella? «Un amor prohibido, excitante y pasional que no dejará indiferente a ningún lector»

SOLO TUYA (ABRIL 2017)

A pesar de todo lo que el sexy empresario, Lorenzo Moretti, y la joven española, Victoria Román, han sufrido para poder consolidar su relación y estar juntos, por fin todo marcha viento en popa. Se quieren, se adoran, se respetan y aunque puedan sufrir pequeñas discusiones entre ellos, todo resulta sencillo de perdonar. Hasta que ciertas personas del pasado reaparecen en la vida de la perfecta pareja para recordarles que nada es tan sencillo como parece en un principio.

Victoria Román se verá sumida en la sombra de una ciudad desconocida y tendrá que tomar la decisión de si sufrir por conservar su matrimonio o luchar por su propia felicidad.

¿Volverá a Madrid y rehará su vida sin Lorenzo? ¿Podrá superar perder al amor de su vida? ¿Merece el amor tanto sufrimiento?

«Descubre lo que pasará en esta segunda parte de “Seré solo para ti” repleta de erotismo y romance, más excitante aún que la primera...»

SERÉ SOLO PARA TI (FEBRERO 2017)

La vida de Victoria es perfecta hasta que, a pocas semanas de casarse con su novio, descubre que éste le está siendo infiel. Mientras intenta superar la traición que ha sufrido, conoce a su nuevo jefe, Lorenzo Moretti, que acababa de mudarse a Madrid para dirigir la empresa y del que no tardará en enamorarse perdidamente. Los dos comenzarán un excitante romance... Pero tarde o temprano los secretos del joven Lorenzo salen a la luz y Victoria tendrá que decidir si se mantiene a su lado. «Excitante, romántica, apasionada..., no te dejará indiferente...»